

Y SOPLARON OTROS VIENTOS...

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(PUBLICADAS)

LIBROS

Cuentos (Año 1894; Buenos Aires).
El Constructor Solness, de Ibsen. (traducción del alemán; 1894; Buenos Aires).
El Valor de la Vida (Novela; 1895; Buenos Aires).
Fragmentos de una Vida (Poesías; 1910; Buenos Aires).
Palabras que no son Parolas (Pensamientos; 1911; Buenos Aires).
El 10 de Enero (Cuentos; 1916; Buenos Aires).
La Senda Pensativa (Poesías; 1923; Buenos Aires.)
Un ponderado jefe de la Armada y su doble personalidad. (Historia de un profesor de la Escuela Naval Militar; 1924; Buenos Aires).

FOLLETOS

Poesías de Poe (Traducción del inglés; 1892; Bs. Aires).
Algo en Verso (Poesías; 1892; Buenos Aires).
Conferencia sobre el Censo (1914; Buenos Aires).
Introducción al estudio de la Historia (1917; Bs. Aires).
Belgrano y la Bandera Argentina (1920; Buenos Aires).

(A PUBLICAR)

LIBROS

El Paraíso futuro (Poema).
El Cielo rojo (Cuento dramático; seguido de una historia de su vida inédita y cartas de escritores y actores).
Kurkara (Viajes,y pensamientos de Kurkara).
Nuevos cuentos
Rondando la psicología y la historia.

(EN PREPARACIÓN)

LIBROS

Autobiografía de Juan Jus.

Y Soplaron Otros Vientos...

NOVELA DRAMATICA

por

GUILLERMO STOCK

Con una historia de esta obra y cartas de Mariano Antonio Barrenechea, Baltasar Brum, Gregorio Fingermann, Carlos Martínez Vigil, Gustavo Martínez Zuviria (Hugo Wast), Alberto Nin Frías, Manuel María Oliver, Víctor Pérez Petit.

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Buenos Aires: Rivadavia 1573
Montevideo: 25 de Mayo 577

Y Soplaron Otros Vientos...

I

Un jardín selvático. La fachada principal de una mansión de un piso. La portada, sobre una gradería de mármol, entre dos ventanas de balcón a cada lado dos a dos. En el fondo, una pared cubierta de hiedra. Rosales, con una que otra flor, entre algunos árboles. Luz y sombra.

Amelia de Andersen, de cincuenta años de edad, que representa menos, conversa, sentada en una silla de hamaca, con la anciana Micaela, acomodada en un sillón, cerca una de otra, en un sitio de sombra.

—Amelia, te has quedado pensativa...

—Si?. . . No puedo dejar de pensar... Hoy hace tres años que falleció Víctor...

—Lo sabía. Estimé mucho a tu marido, con todas sus rarezas, por toda su bondad.

Llega Dolores, de toca y delantal, con un mate, y lo ofrece a Micaela, que lo rechaza:

—Basta, Dolores, gracias.

Dolores se retira.

—¡Qué desganada estás!... Sólo has tomado uno...

—Dos. Mi número de mates dulces, a la tarde.

—De mañana, cinco amargos... ¿Cuándo dejarás el mate, Micaela?...

—Cuando me muera... ¡y falta todavía!...

—¡Qué Micaela!...

—El mate y mi nombre son inseparables..., como el ombú y el tiempo del ombú. Veo tus árboles y me acuerdo del ombú... Tu jardín no es de ese tiempo.

—El ombú era de la pampa...

—Y de los jardines, y también de los patios.

—¡Me marea esta silla! — exclama Amelia, trasladándose a un escaño.

—¡Sí, hombre!... (Ambas guardan silencio un momento). Habrás estado en el cementerio...

—Con Susana y Marcelo y unas rosas de estos rosales de recuerdos. También fueron Francisco y Julián.

—Y Antonio?...

—Está en cama.

—No será nada...

Amelia mueve la cabeza preocupadamente. Micaela continúa:

—Anda delicado de salud?...

—Sí... sí...

Amelia se enjuga una lágrima furtiva.

—¿Qué tiene?... ¿Está mal?... ¡Ya me lo hubieras dicho!...

—A tí te cuento mis tristezas y alegrías!...

Micaela la mira interrogativamente. Amelia continúa como hablando consigo misma:

—La confidencia volcada en una alma grande se disuelve en la inmensidad...

Luego levanta los ojos hacia Micaela:

—Derramaré mis lágrimas en la inmensidad de tu alma... Sí, sí, muchas penas me agobian por mis hijos!...

—Pero son buenos. Compáralos con otros...

Amelia aprueba con la cabeza, y suspira:

—No son dichosos.

Permanece pensativa, y agrega:

—Y no me quieren..., los que estudiaron lejos de mi cariño...

—Te lo imaginas por eso.

—Cuando regresaron de su larga ausencia, me pareció que no eran ellos, y sentí que yo no era en su corazón nada más que una persona cualquiera de la familia. Les hablaba, y mi idioma ya no era tampoco el de ellos...

—Hace tántos años ya, que no sé cómo piensas todavía en esas cosas.

—No hace tantos: seis que vino Antonio y cinco Francisco y Julián. El pesar de aquella eterna separación ha renacido en mí, por todo lo que sucede... Estar triste es recordar... Allá los trataban con rudeza!

—Pero hay que recordar sin olvidar... Ellos no se lamentaban, Amelia.

—Enviaban buenas noticias, de sus adelantos en los estudios, de sus paseos por el Sena... Eran cartas dictadas!... La vida más contenta de los niños, lo mismo que de los hombres, no se compone de puras alegrías: siempre hay algún dolor... Y ellos, siempre felices!... según sus cartas. ¡Yo debí sospechar su situación!...

—Yo voy a recordar mejor que tú. La sospechabas, y la confianza de Andersen te disuadía. Era un hombre de fe ciega en la bondad de todo lo de su patria lejana, como muchos extranjeros de entonces y de ahora.

—Después, fueron cartas de adolescentes acostumbrados a una existencia sin calor... (Se levanta exaltada) Yo le decía a Víctor: "Hazles venir!" El me respondía: "Es preciso que esperes en beneficio de su instrucción". Y yo me decía: "Víctor tendrá razón. Que se queden todavía en esa condenada Ruan". Los que se forman lejos del hogar materno, se forman sin hogar dentro de sí.

Se sienta abatida.

—Yo creo, Amelia, que ahora están contigo...

—Sus cuerpos, sí; sus almas, no... quizá por culpa mía...

—¿Te gusta martirizarte?...

—Y veo separaciones que me sumen en un hondo desconsuelo... Francisco y Julián suponen que quiero más a Susana y Marcelo, porque han vi-

vido siempre a mi lado; y se alejan de ellos y de mí, aunque no tanto de Susana... ¿No tengo yo la culpa?...

—¿Qué clase de culpa?... ¡Te gusta martirizarte!...

—No, Micaela. Hoy... ¿por qué no hemos ido todos juntos al cementerio, sino en grupos separados?... Y el tiempo acrecienta la división... Y de todos se aleja Antonio...

—Que está enfermo en cama...

—¿No me entiendes?...

—No sé... En todas las familias pasa lo mismo. Uno va hacia la derecha, otro hacia la izquierda, en este mundo de tántas vueltas por año.

—No me has entendido...

—Y no falta alguno que descienda por una cuesta abajo...

—¿Lo dices por él?...

—¿Por Antonio?...

—El va por una senda así...

—¿Qué...?

—Por uno de esos malditos senderos de exterminio de la propia existencia.

Amelia vacila en su revelación. Micaela se levanta:

—¡Amelia... ya no soy una alma grande!...

Amelia continúa:

—Regresa muy tarde de noche, y se queda en la cama hasta muy tarde, y va a deshora a su empleo, y suele no ir...

—¿Eso es todo?... ¡Calaveradas pasajeras!... Si yo fuese un hombre joven sería un gran calavera!... ¡Si supieras qué cansada estoy de acostarme temprano como los viejos, y sin poder conciliar el sueño!

Amelia sonríe tristemente:

—¡Qué Micaela!.. Hace tiempo que ha adquirido esa costumbre...

Micaela se sienta a escuchar.

Amelia prosigue:

—No es pasajera... Y ahora vuelve... sin la cabeza y sin las piernas... Yo le aguardo siempre..., aun dormida, porque el sueño no vence por completo mi zozobra, que me mantiene como despierta... y le espío con una esperanza anhelosa de verle entrar de un modo que me conforte y no me espante... Oigo que abre la puerta; salto del lecho y, a oscuras, me coloco junto a la celosía cerrada de mi dormitorio. Pasa... No respiro... Después que ha pasado, camino al lecho, tambaleando como él ... Anoche... hoy de madrugada... al abrir la puerta de su cuarto, se cayó y lastimó la cara...

Micaela, emocionadísima, sólo puede decir:

—Amelia...

Llegan Susana Andersen y Carlota Murot, vestidas vaporosamente, cada una con sombrero de paja claro, con flores en la copa y en el ala, y trayendo sombrilla. Susana tiene veintiún años; Carlota veinte.

SUSANA. — ¡Aquí estamos!...

CARLOTA. — ¡Buenas tardes!...

SUSANA. — ¿Se puede saber de qué se charla?...

MICAELA. — De asuntos que interesan a la vejez.

CARLOTA. — ¡Qué asuntos serán esos!...

SUSANA. — ¿De todos o de usted?...

MICAELA. — La mía se halla ahora tán lejos de mí, que, por más que aguce la memoria, no la diviso. Pero veo sucesos de mi infancia, como si estuvieran más cerca. Los extremos se tocan...

Susana y Carlotan ríen.

MICAELA. — No se rían, muchachas, que ya serán como yo.

SUSANA. — ¡Me río de tonta que soy!...

MICAELA. — No, sino de valor temerario ante el tiempo, que vuela!

SUSANA. — ¡Venga la vejez! ¡La espero! Resuelta!...

CARLOTA. — La juventud espera...

MICAELA. — Espera otra cosa... También la vejez espera; pero no el paraíso.

AMELIA. — Y tú, juventud de Carlota, ¿qué esperas?...

CARLOTA. — ¡Qué se yo!... (Toma asiento junto a Amelia).

MICAELA. — Sin duda es locura, o la da, pensar en el porvenir...

SUSANA. — Según Micaela. (Se acomoda en la

silla de hamaca). ¿Es locura la felicidad? No son felicidad la ilusión y la esperanza? La esperanza y la ilusión tienen un pie en el porvenir.

CARLOTA, levantándose sonriente. — Donde plantan los cuatro, dos cada una, si resulta el forjado por ellas. Yo, a la inversa de Susana, si pienso en el futuro, me pongo triste. Locura... ¿no. Micaela?...

SUSANA. — ¿Por qué te pones triste?

CARLOTA. — Por las dudas.

AMELIA, a Carlota. — ¿Encontraste lo que buscabas? ¿Estaba abierta la tienda?...

SUSANA. — Si; pero se había acabado la cinta de seda del ancho y color que quiere Carlota.

CARLOTA. — Susana, con más suerte que yo, encontró lo que ella quiere... Desde el tranvía, le vimos pasar y hacerle a ella un expresivo saludo... Caminaba de levita... ¿A dónde iría tán de punta en blanco? Bueno, en día de fiesta...

AMELIA. — ¿Quién era, Carlota?...

CARLOTA, a Susana. — ¿Se lo digo?... Callaré hasta que hables tú...

SUSANA, levantándose. — ¡Me voy!... (Da unos pasos y vuelve). ¡Pero no tranquila!... ¡Micaela!... Luego, si mira al cielo, verá ponerse el sol. ¡No hay nada más profundo que la puesta del sol!...

Susana se va por la gradería. Carlota sonríe a Micaela y Amelia, y sigue a Susana.

Micaela repite para sí:

—No hay nada más profundo que la puesta del sol...

—Susana ha querido quedar bien contigo...

—La he entendido, Amelia. ¡Cuánto la quiero!... Por lo que ha dicho Carlota, hay algo... Está enamorada... Y eso lleva a la dicha o al dolor.

Ambas callan pensativas. Amelia rompe el silencio:

—Lariviere me ha pedido su mano.

—¡Lariviere!... ¿Qué le respondiste?...

—Que es muy niña.

—¡En vez de haberle dicho que es un viejo!...

—Sí... (Se levanta). ¿Nos entramos?...

—Estoy por irme. (Se levanta).

—No te vayas todavía. Una amiga como tú no debe irse nunca.

Se retiran por la gradería.

De la calle, Marcelo Andersen y José Fontana, ambos de saco y sombrero de paja. Con la palabra, Marcelo:

—Mamá y Micaela... Quién diría que esta anciana carga ochenta años. Casi un siglo.

—¡Hombre, un siglo!

—Y yo creo haber vivido ya demasiado...

—Un quinto de siglo: sólo veinte años...

—Me siento cansado. La vida no me sonríe como tú.

—La vida, entonces, no te conoce como yo. Te

considera peor de lo que eres... Y tú la miras a través de tu modo de ser, y por eso te parece así. Ella es como la gente: a cara seria, cara más seria...

—Creo que me gusta sentirme triste. Pero sé que me agrada verte contento como te veo. (Se sienta).

—Tú sabes que en mí está oscureciendo...

—"Sólo sé que no sé nada". (Se echa hacia atrás y cruza las piernas). Ni siquiera si eres un poeta porque amas o si amas porque eres un poeta.

Un vecino, Pedro Murot, se asoma por la pared. Observa un momento. Luego se dirige a Marcelo:

—¡Hola, Marcelo!... (Marcelo se incorpora) ¿Anda Carlota por ahí?...

—No la he visto. Estará adentro.

—¿Está Julián?

—Creo que no.

Pedro Murot desaparece.

Marcelo, con cierto desdén, exclama, entre dientes:

—¡Adiós!... (Se levanta).

JOSÉ. — ¡Qué tipo!... ¡A mí, ni me ha mirado!...

—Lo mismo hizo Beatriz con Dante... Ella pasó sin contemplarle...

—¿A qué se habrá subido al muro?...

—Suele asomarse así, como un Romeo disimu-

lado, por mirar a quien tú sospechas, y por eso él no te ha visto y tú no lo has clasificado con una loa. Pretextos no le faltan para hacer de trepadora masculina..., Carlota,... Julián,... su hermana,... su amigo,... lo que habrás advertido. No te aflijas: Susana no le hace caso... He descubierto en él un ingrato defecto moral: una oreja más grande que la otra...

—¡Es cierto!... (Rie). ¿Pero, defecto moral?...

—¡Como quieras!... ¡Déjame sacarle el cuero!...

—En todos, el lado derecho del cuerpo es distinto en tamaño y forma que el izquierdo . . .

—Será así; pero no con tánta diferencia. Esa oreja es una oreja sugestiva.

—¿Cuál?... ¿La más grande o la más chica?

—¡Hum!... Si las dos fueran como la más chica, no las encontraría demasiado chicas... ¡La más grande!... Es una oreja culpable de mi antipatía. Pedro no parece hermano de Carlota . . .

—Porque la amas.

—No; porque es perfecta. La amé; en el silencio de una timidez invencible. (Se sienta y se saca el sombrero).

—¿La amaste y no la amas?...

—No creo en la supervivencia del amor no correspondido. Una noche, estudiando al piano, ella y Francisco, un vals a cuatro manos de Gottschalk, los descubrí dándose besos furtivos . . .

—Los más inolvidables...

—Desde esa armonía de sus bocas, aquella ore-

ja se levanta entre mi amor y mi voluntad como una gran pantalla china.

—No te entiendo. (Se pone de pie).

Viene de la calle Julián Andersen, de saco y sombrero de paja. Tiene veinticinco años.

JULIÁN, a Marcelo, con sequedad. — ¿Antonio, se levantó?... (A José): ¿Cómo está usted?...

JOSÉ. — Bien, gracias.

MARCELO, contestando a Julián. — Creo que no.

Julián sigue su camino, y entra en la casa por la gradería.

JOSÉ. — Parece alunado tu hermano...

—Suele andar con la luna, como con un bastón. (De pie). ¡Eh, such is life!... Seductora frase inglesa, como "ser o no ser"... (Toma a José del brazo) ¡Vámonos, caro amico!... Y me atrae el italiano, cual si yo fuese como tú un famoso descendiente de Vittorio Emanuel. Vámonos, por si viene, además, Francisco. Suele andar también en compañía de esa divorciada del sol.

—¿Huyes?...

—Si; de las desazones...

Caminan un trecho.

José, deteniéndose:

—Tus hermanos son seres extraños...

Marcelo, que se ha detenido también, y suelta a José:

—Sí; pero no se puede juzgar a los hombres de verlos pasar.

—¿Acaso no los conozco?...

—Te diré... Todos somos iguales, ellos y yo.

—Tú no eres así.

—¿Así?... ¿Cómo?... Yo soy más complicado, y por eso más sonriente. Ellos son más sencillos, y por eso más hoscos.

José se sienta en un escaño:

—Tú ves la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio...

—Si tengo sentido íntimo debo verla. Este sentido no es conveniente en general. Es siempre más útil considerarse mejor que los demás. No sé de dónde proceden las espinas de lo espinosos que somos entre nosotros; pero sé que descendemos de unas tierras abruptas del Mar Glacial. (Pone su sombrero sobre una planta, luego se pasea con las manos en los bolsillos del pantalón y se detiene cerca de José). En nuestro carácter taciturno y brusco y también jocoso, vive una fortuna muerta.

—¿Me hablas seriamente?... ¿Y esta quinta, no es de ustedes?...

—Esta quinta,... ¡fué un hermoso jardín!... ¿Te parece ahora un elefante como la nube que observaba el padre de Ofelia?... Te hablo seriamente. La luz causa la sombra. (Se pasea y se detiene). ¿Nunca te he dicho nada de mi ascendencia escandinava?...

—Nunca.

—Hay muchas penas atávicas. (Se pasea otra vez y se detiene). Yo he nacido entre los fiords de la antigua Noruega...

—Es decir que no donde naciste...

—Mis nobles antecesores, en lucha contra su rey, emigraron de sus brumas del norte, a las del sud, conquistado por su paisano Rollón.

—Rollón...

—Sí; héroe normando del siglo IX... Y por eso mi padre vino al mundo en la Normandía, muchos años después. (Se pasea y se detiene). Quizá esas brumas ancestrales... con blasones... y probablemente la situación actual de la familia, como fin de una fortuna bien ganada por mi padre, ... explican nuestro augusto mal humor... (Se pasea y se detiene). Nuestro carácter es como muchos días seguidos sin sol.

—No veo tal situación... Y ustedes saben sonreír . . .

—Como te sonrió Julián hace un rato: con la risa del deseo de agradar sin ganas de reír, y esa clase de risa es desagradable... (Paseándose). Todavía no se ve el tonel de Diógenes...

—¿Y cómo se perdió esa fortuna?

—Según lo que he oído, en las uñas de los socios de mi padre, que se ausentó a Europa confiando en ellos... Ahí viene Francisco... Salgamos de aquí...

Ambos se alejan y se pierden por el fondo.

Francisco Andersen, de galera y jaquet. Tiene veintiséis años.

FRANCISCO, gritando. — ¡Marcelo!... ¡Hola! ...¿Está Julián?...

MARCELO, desde lejos. — Sí.

Francisco pasa al interior por la gradería.

Un instante después vuelven Amelia y Micaela; ésta con gorra y manteleta de verano.

MICAELA. — Francisco me ha parecido preocupado... ¿Sabes de dónde viene?...

—Probablemente de la oficina... Lo mismo Julián... Como no fueron por la mañana... No abandonan sus quehaceres ni en los días festivos... A mí también me ha parecido preocupado... (Se sienta). Me siento para que te sientes. Siéntate. (Micaela toma asiento). Como él anda Julián... Adivino lo que hay: Antonio.

—¿Ellos saben?...

—Algo sabrán. ¡Qué desdicha!... ¡No vivir ahora Víctor!... ¡Cuántas cosas han sucedido porque él no existe!... Los seres necesarios mueren siempre demasiado pronto.

—¡Déjate de más tristezas en una tarde tán linda de primavera! ¡Yo río aún!. . .

—¿Qué me quieres decir?...

—Que tú, antes, eras alegre.

—Lo fuí. (Viene del piano de la sala una ráfaga de un vals de Chopin). Mi alegría iluminaba el rostro grave de Víctor, vibrando en su espíritu

agobiado por la quiebra... A mí misma me alegraba mi alegría... Ya te lo habré contado muchas veces. Es tán humano repetir las cosas... Yo era todavía una mujer fuerte, a pesar de ese desastre... Por eso parecía más joven... ¿No sonaba recién un vals?... Ha cesado... En un baile, en lo de Isabel, poco antes de la muerte tán repentina de Víctor...

—De esas hace el corazón...

—Herido por las penas...

—¿Y?...

—¡Ah, sí!... Lariviere me dijo: "Amelia, representas treinta años!"' Francisco, que lo oyó, me dijo: "¡Es muy cierto, mamá, lo que dice tío Lariviere!"', y me contemplaba contento de que yo fuera su madre. Cuando me acuerdo de eso, pienso que su rudeza actual depende en parte del cambio en mi modo de ser... Lariviere ha sido siempre un picaflor...

—Y los picaflores son pájaros encantadores...

—Los pájaros sí; pero no los hombres que son como esos pájaros con las flores.

—Cuando lo recuerdo o lo veo, surge en mi imaginación la noble figura de tu hermana María...

—No hubiera encontrado otra mujer que le acompañase más valerosa y tiernamente en su larga lucha con la suerte que se le puso adversa... Cuando el éxito brilló en la oscuridad del hogar empobrecido, entró también la muerte... ¡Pobre María!... ¡Descanse en paz!...

—Y él la olvidó pronto, y labró la desgracia de Isabel...

—No me lo digas... Ese amor,... esposa,... madre,... no puedo creerlo...

—La abuela de Merlín tuvo amores con Giuspín... ¿No conoces ese cuento? Y era esposa, madre y abuela... Y ahora el envejecido picaflor pretende a Susana!... Quiere aumentar la desgracia de tu hermana y hacer también desgraciada a tu hija... (Fijando su mirada en las plantas). Deshojar todas las rosas del rosal... (Viene otra onda de música). Sonar todas las notas de la escala familiar... ¿Quién está tocando el piano?...

—Ha de ser Carlota... Si no fuese ella, sería Susana; si no Susana, Francisco; si no Francisco, Marcelo... La armonía musical no falta en casa.

—¿No es Marcelo aquél?

—Sí, Marcelo, con José Fontana.

—Estoy perdiendo la vista... ¿Consiguió trabajo Marcelo?

—Todavía no. Y eso lo enferma.

—Pero siempre estudiará...

—Lee... y escribe,... Está lleno de ensueños poéticos.

—No va a ser feliz... ¡Quítale esas pamplinas de la cabeza!

—Son ahora su felicidad, porque son su esperanza.

Ambas guardan silencio durante un momento.

—Bueno, Amelia... Hemos enterado largamen-

te de nuestras preocupaciones a las flores del jardín... (Se pone de pie).

—Quédate a tomar el té.

—¡Me he puesto la gorra para irme!...

—¡Haz de cuenta que fué para quedarte!... ¡Ah! ...¡ me había olvidado!... ¿No quieres recostarte un rato?...

—¿Con la gorra?...

—Nada te cuesta ponerte y sacarte la gorra...

—Bueno; me echaré sobre el sofá de tu cuarto hasta la hora del té.

Amelia se levanta. Ambas entran en la casa por la gradería.

Viene Antonio Andersen de adentro, con paso lento. Es de veintisiete años de edad. Viste levita. En un pómulo, un pedazo de tafetán. Se sienta en un escaño; saca un cortaplumas del chaleco, y se arregla las uñas, con mano temblorosa, y frunciendo el ceño.

Vuelve Amelia.

—Al fin te has levantado, Antonio. Quería hablar contigo.

—Sí. . . Estoy mejor. . .

—¡Antonio!... ¡Antonio!...

—¿Qué?...

—¡Cómo has venido anoche!... ¡Tú vas de mal en peor!...

—¡Cállate, mamá!... (Continúa arreglándose las uñas). ¿No me ves preocupado?... Eso basta...

—No es la primera vez que recapacitas después de una noche de olvido de tu dignidad... y no te has corregido!...

—Será así. Pero no soy un niño...

—De ese modo no eres tampoco un hombre...

—Mamá, te ruego... Ya te he dicho que no soy un niño...

—¿Qué dirán tus hermanos, cuando sepan, a pesar mío, que gastas todo tu sueldo en la vida que haces, y que has dejado de contribuir al sostenimiento de la casa?... ¡Y cuando sepan que tú, ... que tú,... tú... ¡No lo puedo decir, ni a tí mismo!... ¡Qué dirán cuando todo lo sepan!...

—No me importa.

—Te importa. (Se sienta). Eres bueno, Antonio: te importa. Muchas veces me pongo a pensar en ti... Te acuso y te defiendo... Y la defensa triunfa... Tú no tienes la culpa, sino tus amigos... Líbrate de ellos. Busca otros, de posición económica inferior, que, como tú, necesiten trabajar para vivir, y sean de vida juiciosa y metódica. ¡Reacciona, hijo mío!...

—¡Qué suposición la tuya, mamá...! ¿Por qué culpar a los otros de mis propios actos?... No, soy yo..., soy yo contra mí...

—Antonio... prométeme una cosa... (Se levanta y se acerca a él).

—¿El qué?

—Prométeme enmendarte. ¡Prométemelo! ¡Y cumple! (Con lágrimas en la voz). Si supieras cuánto me haces sufrir!...

—(Con voz temblorosa), ¡Mamá, te lo prometo!

—(Hondamente conmovida). ¡Gracias, hijo!...

Viene Marcelo.

AMELIA, a Marcelo, disimulando su emoción. —¿Y Fontana?. . .

MARCELO. — Se fué.

AMELIA. — ¿Tán pronto?... ¡Qué milagro!...

MAARCELO. — Pero volverá luego. (A Antonio). ¿Qué tienes en la cara?

ANTONIO, secamente. — Nada.

MARCELO, con enfado. — Me alegro.

AMELIA. — Un tropezón a oscuras, lo que puede pasarle al más precavido.

Marcelo continúa su camino, silbando. Recoge su sombrero y desaparece por el fondo.

—¿Por qué tratas así a Marcelo?...

—¿Qué le importa saber qué tengo en la cara?...

—Al verte así era lo más natural su pregunta y demostrativa de que se interesa por tí.

—Linda manera de interesarse por mí, con semejante pregunta.

—El no sabe, como tú...

—(Interrumpiéndola). Siempre sales en defen-

sa de Marcelo, y Marcelo es un holgazán y un pedante como su amigo Fontana.

—No ha encontrado trabajo... Profeso el mismo cariño a todos mis hijos.

Amelia se retira.

Por el mismo camino viene luego Julián, en traje de andar a caballo y con un látigo. Advierte a Antonio; pero pasa sin mirarle.

—¡Julián!... ¿Vas a salir a caballo?... Ya es la hora del té.

—Si, eh?... No admito tu observación.

—¿Qué te pasa?... ¿Quieres cabalgar con el estómago vacío?... Cabalga si quieres, hasta el día del juicio final!...

—Todas tus palabras, que pretenden ser graciosas, me suenan a impertinencias! ¡Estoy indignado contigo! ¡Bien sabes por qué! ¡Quisiera darte de latigazos!...

—Eres más fuerte que yo.

—Porque no dedico mis noches a las orgías y mis días al sueño!...

—Los que no duermen de noche tienen que dormir de día.

—(Continuando) ¡Y porque no soy un ebrio!...

—¡Julián, te prohibo que me hables! ¡Hemos concluido! ¡Déjame en paz!

—¿Quién eres tú para prohibirme algo a mí?...

—¡Tu hermano mayor! ¡Represento a papá!

—¿Te consideras digno de representarlo?... ¡No me enfurezcas más! No invoques su sagrada memoria, tú, un borracho!...

—(Levantándose) ¡Mientes! ¡Mientes!. (Se sienta).

—¿Si, eh?... (Suelta una carcajada). Me haces reír!... Y lo que te he dicho no es todo... Drenier te despacha...

—(Tembloroso). No puede ser... no es verdad...

—Mañana... si puedes ir y vas, te dirá que no vuelvas.

—(Después de un momento de turbación.) ¿Por qué?...

—¡Y tú me lo preguntas!... Pues porque nunca faltas y porque no conoce tus sobrias costumbres...

—¿Habló él contigo?...

—El segundo de la casa...

—No es lo mismo que Drenier, y Drenier es un amigo mío...

—¡Amigo tuyo!... ¡Bah!... Lo habrá sido... Un hombre como él no puede ser amigo de uno como tú!... No haber sabido yo, antes de ahora, tu conducta!...

—¡Qué lástima!... ¿Qué hubieras hecho, gran hombre?...

—¿Me provocas?...

—(Levantándose). Yo soy dueño y señor de mis actos. ¡Hemos terminado! (Camina retirándose).

Julián lo mira irse, y, de pronto, lo alcanza y lo sujeta del brazo izquierdo, diciéndole:

—¡No!... Tú crees que con un "hemos terminado" o un "hemos concluido", ya está!... ¡No! ... ¡Yo quiero que te quedes hasta que reconozcas que no eres dueño y señor de tales actos!

—¡Qué!... (En alto el puño derecho). Suéltame o te pego!...

Julián lo suelta y lo amenazá con el cabo del látigo:

—¡A ver!...

—¡Tú con el látigo!... ¡Cobarde!... ¡Verás algo mejor!... (Saca un revólver).

Julián, de un brinco, oprime y domina la mano que empuña el arma:

—¡Cobarde, tú!...

Luchan.

Francisco, viniendo de adentro, sin sombrero, corre hacia ellos y los separa.

FRANCISCO, a Antonio. — ¡Larga el revólver! ... (Se lo quita sin resistencia. En seguida se dirige a Julián, que tiene todavía el látigo y se ha quedado en actitud amenazadora). ¡No le hagas nada!... (Mirando a uno y otro). ¿Por qué se pelean así?... ¡Qué bonito!... ¿No tienen puños?

JULIÁN. — Antonio es un borracho.

FRANCISCO. — Ya lo sé.

ANTONIO, a Julián. — Un borracho eres tú.

FRANCISCO, sonriendo. — No lo sabía. (De pronto). ¡Antonio, vete!

ANTONIO. — ¿Por qué?... ¡No!

FRANCISCO. — Vete a tu cuarto o a la calle, porque yo también estoy contra tí!

ANTONIO. — He dicho que no.

JULIÁN. — Mírale el altivo rostro a nuestro digno hermano mayor que presume de representar a nuestro padre!... ¡Admira ese trofeo de su respetable borrachera de anoche!...

Amelia viene por donde se había ausentado.

AMELIA. — ¿Qué hay?... (Ya más cerca). ¡Pero, qué hay!...

FRANCISCO. — Nada.

AMELIA, advirtiendo el revólver en la mano de Francisco. — ¡Francisco!... ¡Dios mío!...

FRANCISCO. — No te alarmes... Se lo quité a Antonio... Amenazaba con él a Julián...

AMELIA. — ¡No parecen hermanos!... ¡Y los dos contra Antonio!...

JULIÁN, con voz agitada y lenta. — Te equivocas... Francisco nos ha apartado... Y acontece, y acaso no lo ignores, que Antonio no es solamente un trasnochador...

AMELIA. — Y que tú quieres corregirlo con escenas de brutalidad...

Julián se va en dirección a la calle, sin contestar.

AMELIA, a Francisco. — Hoy, Antonio me ha prometido enmendarse...

ANTONIO. — Te lo dije a ti sola, mamá...

FRANCISCO, a Amelia. — Entonces, tú sabías... ¡Quién sabe desde cuándo, tán callada!... (Camina hacia la casa y se vuelve repentinamente). Pero ignoras que Drenier lo despide. (Se retira).

Amelia, después de un momento de silencio:

—¿Antonio, es cierto?...

—No sé. Quizás.

—(Hondamente). Antonio...

—(Con amargura). Mamá... (Suena el piano, y llegan trozos del "Ave María" de Gounod).

—Estamos tristes... muy tristes... Lo que ha pasado... La noticia de Francisco... Amenazaste con el revólver a Julián?... ¿Cómo pudiste hacer eso?...

—El me amenazó antes con el cabo del látigo... Lo hice para detenerlo; no para tirarle. Te lo aseguro, mamá.

—Me extraña que andes con el revólver. ¿Corres algún peligro fuera de casa?...

—No. Se lo ofrecí a un amigo que se irá al campo por una temporada, y me lo puse a la cintura para llevárselo después del té.

—¿Y tu situación con Drenier, cómo arreglarla?... Iré a hablar con él. Quería mucho a tu padre...

—No, mamá, no vayas. No habrá necesidad de que vayas...

—¡Tú sin trabajo!... ¡Cuántos nuevos disgustos!... ¿Por quién habrá sabido Francisco la resolución de Drenier?...

—Por Julián.

—¡Hoy tan luego aparecer otro desastre!... (Se sienta abatida).

—(Como hablando consigo mismo). Hoy tan luego... ¡Ah!... no he ido al cementerio... (Se acerca a Amelia). Mamá... Mi buena mamá!...

Resuenan cinco rápidas detonaciones de revólver.

Calla de golpe el piano.

La voz de Marcelo, allá en el fondo:

—¡Nadie se asuste!... ¡Fuí yo, en ejercicio de tiro!...

Marcelo aparece con un revólver en la mano.

Amelia. — ¡Marcelo... qué susto me has dado!... ¡Qué ocurrencia la tuya! Nunca haces ejercicio de tiro... Tus hermanos tampoco...

Marcelo. — ¡Perdón!... Grité que nadie se asustara...

Antonio. — Sí, después de los tiros... Oportuna advertencia!...

Susana, Carlota y Francisco se asoman por los balcones.

Francisco. — ¿Qué diablos ha sucedido?...

Marcelo guarda el revólver en uno de los bolsillos.

AMELIA. — Una ocurrencia de Marcelo.

SUSANA. — ¡Qué ocurrencia, Marcelo!...

MARCELO. — ¡Cinco tiros al aire!... (A todos sin mirar a ninguno). Sin balas... es la mejor manera de dejar un revólver... tirándolas al aire.... (Ríe).

AMELIA. — Estás muy nervioso, Marcelo...

MARCELO. — Tuve miedo... de que ustedes se asustaran y de asustarme yo mismo... Y no salgo de mi asombro por mi resolución...

SUSANA. — Mamá, vengan a tomar el té.

Se entran Susana, Carlota y Francisco.

AMELIA. — Vamos a tomar el té...

Marcelo se arrima a Antonio:

—Es tu revólver. Francisco me pidió que, de paso a mi cuarto, lo pusiera en el tuyo. Ahora lo pondré.

ANTONIO. — ¿Con qué derecho lo descargaste y así?...

MARCELO. — Con el que me parece que me dió saber que lo empuñaste contra un hermano.

ANTONIO. — Sin tocar el gatillo. Lo usé de escudo. Te gusta el escándalo.

MARCELO. — ¡Hombre, me estudiaré!...

Antonio se acerca a Amelia. Marcelo permanece pensativo un momento y se retira.

Amelia y Antonio caminan juntos hacia la gradería.

—No deseo tomar el té, mamá... Quiero ir al cementerio...

—¿Tendrás tiempo aún?...

—Sí.

Ambos desaparecen por la portada.

Un rato después vuelve Antonio, de cilindro, y teniendo con la mano izquierda un par de guantes de verano. Coge unas cuantas rosas, cortándolas con un cortaplumas, y parte pronto.

II

En la misma tarde y en el mismo jardín.

Susana viene leyendo una carta. Luego recuerda en voz alta lo que dice esa carta:

—"Una flor bellísima sonríe a la luz del sol en el verde yuyo del campo. Un caminante solitario la ve y se alegra. Tú eres la flor; el caminante soy yo. En el campo variado de la vida, donde te hallé, Susana, sonriendo con la timidez de las flores... tú sonríes así... ¿por qué?... ¿no eres feliz?... en el campo sombrío de la vida, busquemos juntos la felicidad en nuestro amor."

Besa la carta.

Pedro Murot se asoma por la pared.

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!...

—¡Ah!... ¡Pedro!...

—Quisiera yo saber de quién es... esa carta que leías... con los labios.

—Quisiera yo saber... por qué quisieras saberlo.

—Pues... para preguntarte si, siendo mía, la leerías así.

—¿Me has escrito, pudiendo hablarme, hasta desde la pared?... ¿Qué me dices en tu carta?... No es la tuya...

—¡Te escribiría, Susana!...

—Otro me ha escrito ya.

—Quiero saber quién es.

—No le conoces.

—Carlota me lo dirá.

—¡Quién sabe!...

—Susana... ya no me subiré más a la pared para mirarte en tu jardín.

—Ya no se asomará, entonces, tu rostro amigo sobre la hiedra de la pared.

—Y ella me extrañará más que Susana... por culpa de otro vecino.

—La policía supone primero que el culpable es algún vecino...

—Y luego que, si no es José Fontana, es alguno que vive lejos...

—Pero es un vecino, porque es uno que vive dentro de mi corazón.

—¡Porque, sin duda, vino de lejos! Llegar de

lejos oportunamente es entrar en un corazón. En ese peligro se encuentran las ilusiones de los vecinos. ¡Adiós, Susana!

Pedro Murot desaparece detrás del muro.

José Fontana viene de la calle. Saluda reverente a Susana, y no se cubre después:

—Buenas tardes, Susana.

—Buenas tardes, Fontana.

—¿Fontana?... ¿no José?... ¿Se retiraba usted?

—Volvía adentro, José. Allá están todos. Por casualidad me halla usted aquí, José.

—Así... no me gusta que me diga José. Acabo de ver a Murot... en su balcón... ¿Por casualidad?... (Susana ríe). Susana... cada vez que sonríe arrojaría flores sobre su belleza. (Susana se pone seria). Y cada vez que no sonríe.

—Usted no sabía si yo estaba seria o sonriente cuando me arrojó las flores de sus versos...

—Usted sonreía dentro de mí, y también estaba seria... ¡Susana!... ¡Ellos no son versos solamente; ellos representan una pregunta profunda! ¡Contéstemela!

—Escúcheme... ¿Cómo decirle mi contestación?... No la ha escuchado ya?...

—Si. Su pregunta es una contestación elocuente.

—Perdóneme pensando que no encontrar amor no significa no hallar amistad.

—Nada tengo que perdonarla... ¿Sufrir?... Todo es sufrimiento en la vida... hasta la felicidad de

hallar la amistad donde se buscaba el amor. Perdóneme usted que le pregunte ahora otra cosa... ¿Es Murot?...

—¡Ah!... usted cree que cuando una mujer no ama a uno ama a otro? No es él...

Viene Marcelo.

MARCELO, a José Fontana. — Salgo para tu casa en busca tuya...

JOSÉ. — Y aquí estoy.

MARCELO. — Ciertamente.

SUSANA. — No necesitas seguir... Los dejo... Hasta luego...

Susana se retira por la gradería.

—¿Qué te sucede?... Tu cara me incita a preguntártelo...

—Hoy digo, como tú, que la vida no me sonríe.

—Sonriéndote se ha ido Susana...

—Quizá; porque me compadece. Me ha herido con dulces palabras. Yo hubiera hecho mejor en no venir. En la duda vive la esperanza. La duda ha muerto; la esperanza también.

—La certidumbre es más saludable que la duda. La certidumbre contraria a la esperanza produce una reacción de nueva vida.

—O la muerte.

—¿Piensas morir?...

—No. En la sombra surgida en torno mío brilla

una luz: la bondad de quien ha formado esa sombra... Ama a otro...

—¿Te lo ha revelado?...

—Me parece que sí. Pero me refugio en la luz de su mirada.

—¡José!... ¡Un hombre solo es un hombre libre!... ¡Y mira!...

—¿Qué?...

—(Levantando una rama seca de un arriate). Nada: un palo. El sufrimiento es como un palo... Estoy abatido... (Simula que trata de quebrar el palo con las manos y la rodilla). ¡No puedo romperlo!... ¡Yo no estoy abatido!... (Lo quiebra en dos). ¡Lo rompí!... Resta algo que hacer: ¡echarlo lejos!... ¡Vamos, señor Fontana, a echarlo lejos de su idea fija!...

Marcelo toma a José del brazo, y se van por el jardín, con los pedazos del palo.

Amelia y Susana vienen por la gradería. Amelia le dice:

—Entonces, Isabel no ha de tardar...

—No ha de tardar... La sorpresa que ella te trae es... un médico... Visita en lo de tía Isabel, y tú le conoces.

—¿Gramont?... (Se sienta). ¿Y?...

—Te imaginarás...

—¡Ah... qué ciega he estado!... ¡Le amas, pues!...

—Sí.

—¿Y él?...

—El... (Se queda pensativa, mirando a lo lejos. De pronto saca del seno la carta). ¡Oh, mamá, lee esta carta!

Amelia toma la carta y se pone a leerla silenciosamente. Susana le pregunta con impaciencia:

—¿A dónde has llegado?...

—"Busquemos juntos la felicidad en el amor"...

—"En nuestro amor".. ¡Dámela! (Le quita cariñosamente la carta). ¡Y escucha!... (Sin leer). "Eres mi sol de día y de noche eres mi sol. Cuando me dices que me amas es tánta mi ternura que no cabe en mí. Cuando sea tu esposo seré tu esclavo. Todo en nuestro hogar será tuyo, sólo tuyo; nada mío; todo tuyo. Siempre que estés estará la reina; cada vez que salgas saldrá mi reina deslumbradora, y quedará vacío para mí. Sueño con una felicidad tán grande a tu lado, que por culpa mía no humedecerán tus ojos lágrimas de dolor. ¡Oh, Susana! . . ."

Amelia la interrumpe, después de haberla atendido con ansiedad:

—¡Oh, Susana! . . . Lo que te dice es tán bello que se me oprime el corazón!...

—¡Ah, tú dudas!...

—Sigue, sigue...

—¡No, tú dudas... Yo creo tánto...

—Ya creo como tú. (Susana mueve negativamente la cabeza). Dame la carta. Tú, para leerla, no necesitas leerla. (Susana, como si no la oyese,

guarda la carta.) Bueno... Dime... ¿cómo le ves?...

—¿Cómo?... ¡Ya le verás como yo!... (Mira, ya no como soñando, sino viendo en realidad).

—¿Viene ya?...

—(Con decepción). Es tía Isabel. (Pero se alegra y se adelanta a recibir a Isabel de Valdeck, que se acerca).

Isabel de Valdeck tiene cuarentaicinco años, y representa menos edad. Extiende la mano a Susana, sin dejar de caminar hacia Amelia, que se ha puesto de pie y acude a recibirla. Susana le estrecha la mano con las dos manos.

SUSANA. — ¿Y Alejandro?...

AMELIA, al mismo tiempo que Susana. — Y Gramont?...

ISABEL, besándose con Amelia. — ¿Ya sabes?... Alejandro Gramont quiere presentarse después que yo haya hablado contigo. (A Susana). Me acompañó hasta la verja del jardín, y tomó hacia el norte o el sud. No se perderá, y dará con el portón, a la vuelta del sud o del norte. (Se sienta. Amelia también). Qué tarde espléndida, Amelia!...

AMELIA. — ¡Pero qué ocurrencia singular la del doctor Gramont!... ¡Como si yo fuese un cuco!...

ISABEL. — ¿Ya como suegra y yerno?...

AMELIA. — Hay suegras y yernos amables entre sí...

ISABEL, a Susana. — ¿Cómo juzgas tú la ocurrencia de Gramont?

SUSANA. — ¿Cómo quieres que la juzgue, tía Isabel?...

ISABEL, a Amelia. — Júzgala tú también como Susana. Siempre que vengo...

AMELIA, interrumpiéndola. — Por muerte de un obispo...

ISABEL. — Como tú me visitas.

AMELIA. — Pero Susana te visita por ella y por mí.

Susana se va por el jardín.

—Algo te iba a decir. No lo recuerdo. En fin, tu casa queda lejos; pero aquí se respira aire sano. ¡Dichosa tú que no resides en el centro de la ciudad!...

—Te quejas con casa propia.

—Tú también vives en casa propia.

—No sé cómo te animas a decírmelo sabiendo que está hipotecada. Y tú, para respirar aire sano, posees una quinta en San Isidro y una estancia en San Pedro...

—Amelia, la riqueza no es la felicidad.

—Eso dice todo el mundo; pero perderla es una gran desgracia.

Vuelve Susana.

ISABEL. — ¡Andas sin sombra, Susana!...

SUSANA. — Me fuí para que hablasen libremente...

ISABEL. — ¡No hemos hablado nada todavía...

AMELIA, a Isabel. — ¿Qué me aconsejas?...

ISABEL. — Que recibas a Gramont con los brazos abiertos.

AMELIA. — Susana... bueno, Susana; y Dios proteja tus ensueños de felicidad.

ISABEL. — El la hará feliz.

AMELIA, levantándose. — ¿No quieres sacarte el sombrero?

ISABEL. — No, gracias. (Se pone de pie). Pero entremos.

Amelia e Isabel parten por la gradería.

Susana las sigue con los ojos.

Susana mira hacia el lado de la calle. Se ilumina su rostro. Viene Alejandro Gramont. Viste de levita; usa cilindro; lleva un par de guantes de verano en la mano derecha. Saluda a Susana con el sombrero, desde lejos, y no se lo pone después:

—¿Me aguardabas?

—¡Desde hoy!

—Lo suponía, lo quería, lo sentía, y hasta esperaba encontrarte sola en el jardín, como te encuentro, para mi bien!...

—¿Por qué?...

—Por que puedo tomarte de la cintura y pasearme junto a ti por este paraíso. (La toma de la cintura).

—Por esta quinta dejada del jardinero...

—Por este paraíso de la naturaleza. (Caminan) Oh, Susana mía... (Se contemplan caminando). Sentémonos aquí. (Se sientan en un escaño).

—Pero tenemos que entrar...

—Entraremos después... (De pronto se deshace nerviosamente del cilindro y los guantes). Las manos libres...

—Alejandro...

—¡Sí, Susana, te quiero locamente!...

—¡Tuya es mi vida!... Te diré: ... mamá me dijo...

—¿Qué te dijo?...

—Por una carta... (Saca la carta del seno) por esta carta tuya, que he besado mil veces... (La guarda otra vez en el seno). Se la mostré para que conociera tu amor, que es mi dicha; y me dijo: "Se me oprime el corazón". Ella duda.

—Todas las madres son así.

—Y ahora mi corazón está intranquilo.

Después de un momento de contemplación silenciosa, él la besa en la boca profundamente. Ella entonces exclama:

—Y ahora mi corazón está tranquilo.

—(Levantándose). ¡No espero más para que seas mi esposa!... ¡Nos casaremos hoy mismo!...

—(De pie). Aún no está preparado el vestido de novia.

—El amor es el más lindo vestido de novia.

¿Qué vale el más lindo vestido de novia sin amor?...

La toma de la mano, y entran a la casa por la gradería.

De la calle, Marcelo y José, quien exclama:

—¡Mira, Marcelo!... (Señalando a Susana y Alejandro al desaparecer por la portada).

—Silencio... Es el ensueño del amor que pasa...

—¡Revive el sufrimiento de mi amor!...

—Porque tu amor no es justo... El amor justo no es egoísta...

—Pero no soy un héroe; soy sólo un hombre...

Viene Micaela.

MARCELO. — Ser un héroe... ¡Yo quisiera ser un héroe!...

MICAELA, desde la gradería. — Te felicito, Marcelo, por tus aspiraciones! (Sigue bajando).

MARCELO, saludándola. — ¿Cómo está, Micaela?...

MICAELA. — ¿Cómo te va, Marcelo?...

MARCELO. — Más mal que bien.

JOSÉ, saludándola. — ¿Cómo está usted, doña Micaela?...

MICAELA. — Muy bien. ¿Y usted?...

JOSÉ. — Peor que como siempre.

MICAELA, sentándose. — ¡Muchachos sin alegría!...

MARCELO. — La alegría es más amiga de la ancianidad que de la juventud.

MICAELA. — Puede ser. Porque la vejez significa una larga costumbre de vivir... Pero carece del consuelo del amor.

JOSÉ. — El amor no es un consuelo. Es una desesperación.

MICAELA. — ¡Qué dice usted, Fontana!... (A Marcelo). Me pareció que estaría por aquí tu madre. ¿Por aquí... o en su cuarto... nos separamos hoy, después de haber andado del jardín a la casa y de la casa al jardín...

MARCELO. — En el vaivén de la vida.

MICAELA. — Y por unos escalones superiores a mis piernas.

MARCELO. — Pero, ¿de qué mundo viene usted que no recuerda dónde dejó a mamá?

MICAELA. — Vengo de dormir.

Aparecen por la portada Amelia, Isabel, Susana y Alejandro.

AMELIA, a Micaela. — ¿Estás aquí?...

ISABEL, a Micaela. — ¡Micaela... Cuánto tiempo!... (Saludándola).

MICAELA. — ¡Isabel!... ¡En verdad, mucho tiempo!... La vida pasa en encontrarse y no encontrarse...

ALEJANDRO, a Micaela, saludándola. — ¡Señora...

MICAELA. — ¡Doctor Gramont!...

SUSANA. — ¡Se conocían ustedes!...

MICAELA. — ¡Así parece!...

SUSANA, a Alejandro, presentándole Marcelo. — Mi hermano Marcelo... (A Marcelo). Preséntale Fontana...

MARCELO. — Todavía no me has dicho quién es...

ALEJANDRO. — Lo mejor será una presentación general...

AMELIA. — Les comunico el compromiso de Susana con el doctor Alejandro Gramont...

MICAELA. — ¡Conque esas tenemos, Susana! ...¡Ya no me quedará ninguna amiga soltera!... ¡Todas se casan, menos yo!...

AMELIA, a Micaela. — ¡Te veo con la gorra, y no has tomado el té!...

MICAELA. — ¡Qué tendrá que ver la gorra con el té!...

MARCELO. — La tetera, que contiene té y usa gorra...

AMELIA, a Micaela. — No te quise despertar cuando lo sirvieron.

SUSANA. — Es mejor no tomar té.

AMELIA, con intención. — Julieta no lo tomaba cuando esperaba a Romeo... en el jardín. (A Micaela). Haré que te sirvan otros mates...

MICAELA. — No, gracias. ¡Me marcho decididamente!...

ISABEL, — Partiremos juntas...

MICAELA. — ¡Muy bien!...

Susana recoge el cilindro y los guantes que dejara Alejandro sobre el escaño en que estuvieron sentados. Todos se encaminan hacia la salida a la calle; primero Isabel, Susana y Alejandro; en segunda fila, Marcelo y José; más atrás, Amelia y Micaela que se detienen a trechos durante el diálogo siguiente, iniciado por Amelia, como hablando, al principio, consigo misma y a la vez con Micaela:

—No es una presunción . . . sino un hecho: Susana está enamorada, y se casa... Nada me dices, Micaela...

—Amor y política...

—¿Política?... ¿De quién?...

—De Isabel... para asegurarse a Lariviere...

—Pero lo que me importa es la felicidad de Susana... Qué opinas de Gramont?...

—Es joven..., buen mozo... de familia apreciable y que figura... dedicado a su profesión con éxito... todo la que ya sabrás... Está adquiriendo reputación de hombre de ciencia... Lo sé por mis relaciones...

—Tu tono es sospechoso... Tú sabes algo más...

—Entre los hombres de ciencia suele haber caracteres extraordinarios...

—(Acongojada). Háblame con tu franqueza habitual...

—(Bruscamente, después de vacilar). Yo creo que es medio loco.

(La tarde empieza a oscurecerse).

III

Un salón amplísimo, con dos puertas y una gran estufa en el fondo; dos ventanas de balcón a un costado, y dos puertas enfrente; adornado con muebles de comedor, lujosos, oscuros, y una alfombra, también oscura, sobre todo el piso; mesitas, sofaes, sillones; algunas estatuas; floreros sin flores; un empapelado liso y claro; visillos blancos, y cortinas de damasco granate en las puertas y ventanas; un espejo; algunos gobelinos y cuadros, ninguno de naturaleza muerta; una araña de luz de gas y brazos de la misma luz en las paredes.

Dolores termina el tendido de la mesa.

Marcelo entra por el fondo, sin sombrero y sin sobretodo:

—Dolores... buenas tardes... ¡todavía no ha encendido ninguna luz!... Todo está a oscuras... ¿Y mamá?...

—La señora no quiere que encienda la luz hasta que sea bien de noche... Ha de estar en lo de la niña Susana... Pero si usted necesita que la encienda, niño Marcelo...

—No, no la encienda. Entra alguna claridad por las ventanas. (Junto a una ventana, mira hacia afuera pensativamente). ¡Este jardín se va!...

—¿Me hablaba, niño Marcelo?...

—No... ¿por qué?... El cartel de remate... lo pusieron temprano?...

—Poco antes de salir la señora.

Dolores se retira.

Marcelo fija su mirada en la estufa. No ha advertido que Dolores ya no está:

—Este fuego da también alguna luz...

Se calienta las manos acercándolas a las brasas:

—Tengo las manos heladas...

Hablando consigo mismo:

—¡Este fuego se va!...

Entra Amelia por el fondo, con sombrero, abrigo y manguito:

—Marcelo, estás a oscuras...

—Hay bastante luz así...

—¡No hay bastante, no hay bastante luz en ninguna parte para mí!... (Arroja el manguito sobre un sillón). Y no quiero luz en ninguna parte! ¡Vengo desesperada!... ¡desesperada!... (Se saca el abrigo y el sombrero y los tira sobre el mismo sillón).

Dolores vuelve con un objeto para la mesa:

—Buenas noches, señora... ¿Enciendo la luz?...

—Me has dicho buenas noches para encender la luz... Todavía no es de noche... Bueno, enciéndela; ya es de noche...

Dolores baja la araña y prende varias luces con

un fósforo de una cajita del bolsillo de su delantal; sube la araña, y se retira llevando el sombrero, el abrigo y el manguito de Amelia.

—Mamá... Has visto el cartel... allá en la verja...

—La pérdida de la casa... (Se sienta). Esta es mi querida casa donde nacieron todos mis hijos... ¡Qué me importa hoy la pérdida de esta casa!... Alejandro, un intruso, me ha echado hoy de la que debiera ser el hogar feliz de mi hija!... (Se levanta y se sienta). ¡Y esto no me importa nada tampoco!... ¡Ella, la pobrecita, cada vez más maltratada por él!... ¡Eso me hace llorar!...

—(Ya paseándose, ya deteniéndose). ¡Te ha echado!... ¡Ah, canalla!... ¡No es un loco..., es un canalla!...

—(Dejando de llorar y poniéndose de pie). Cuando llegué, y, después de besar a Alejandrito, le pregunté a Susana por el genio de Alejandro, ella me dijo: "Ahora soy la mujer más feliz del mundo, mamá!... ¡Hoy han llorado juntos Alejandro y tu Susana!... ¡Hoy hemos sonreído juntos él y yo!"... Como oyes, estaba patética de felicidad. "Tu felicidad es la mía, cuéntamela", la dije. Entonces ella me la contó así: "Yo tenía a Alejandrito aquí a mi lado. Alejandro entró de golpe, lo vió y a gritos...

—(Interrumpiéndola). ¡Como siempre!...

—¡Como siempre!... (Continuando el relato). "Y a gritos me dijo que ya sabía yo que no debía

tenerlo en la cama sino en su cuna"... (Se sienta).

—Y esa es la historia de su felicidad?...

—Lo mismo la pregunté cuando me la contaba. "Sí, es la historia de mi felicidad", me contestó. Y siguió contándomela: "Yo me puse a llorar, mamá, y le dije: — Parece mentira, Alejandro, que seas como eres conmigo, hasta cuando estoy enferma! . . . Lo acosté en la cama para amamantarlo, y después sentí la necesidad de seguir teniéndolo a mi lado. No le ha de hacer tanto daño esto a nuestro hijo como mi leche envenenada por los disgustos que tú me das. — Tienes razón, Susana! — exclamó, y, acercándose a mí, se arrodilló, me besó la mano, me pidió perdón, y lloró, y lloramos . . . Así empezamos luego a sonreírnos él a mí y yo a él . . ."

Amelia ha pronunciado con lágrimas la palabra sonreírnos, y se las enjuga.

Marcelo se pasea:

—Es un loco, mamá! . . Es un loco! . . .

—(Levantándose) No! Es un canalla! Más tarde volvió, estando yo. Me miró, vió al nene sobre la cama, junto a Susana, y se puso a vociferar como un loco: (Imitando la acción de Alejandro) "A ti es inútil decirte las cosas!" y caminaba por la habitación. "Haces en todo lo que te da la gana! Ya te lo he dicho mil veces: el niño en la cuna y no hamacarlo!" . . . En eso se llevó por delante una silla. "Quién ha dejado esta silla en el camino? . . . ¡Nada está en su sitio en esta

dichosa casa!... ¡Y es porque a ti te parece que las cosas deben estar en cualquier parte menos en su sitio!" Su furia tenía algo o mucho de ridícula... La niñera se encontraba allí... El la mira con buenos ojos... Suavemente la dijo: "Tenga la bondad de poner esta silla donde no quede en el camino." Le indicó eso nada más que para mostrarse dulce con ella mientras trataba con brutalidad a Susana, con el gusto, además, de hacerlo delante mío. Su pensamiento era hacer de la niñera una aliada contra Susana. Le estoy conociendo en todos los repliegues de su carácter. Susana es demasiado buena... (Se sienta.)

—¡Demasiado tonta!...

—Después de lo que me dijo Micaela no debí consentir que se casara con él.

—Pero, mamá, te opusiste. No tienes tú la culpa de tal casamiento. Nadie la tiene sino la fatalidad.

—Sólo me opuse hasta que no pude más, vencida por el amor de Susana y de Alejandro. Debí haberme opuesto a pesar de que ese hombre parecía otra cosa. Y fué bastante diablo; aprovechó un momento de candidez mía para precipitar la boda. ¡Nunca podré perdonarme no haber visto mejor!...

—No puedo oír que digas nada contra ti. Si Micaela tenía razón, los hechos visibles no lo demostraban. Ella te dijo que era turbulento y maniático; pero no lo sostuvo.

—Hizo bastante con advertírmelo. Ella no debía insistir.

—¡Ya lo sé! ¡No es eso! ¡Te empeñas en aumentar tu dolor!...

—Ningún argumento disminuirá mi amargura. No me puedo explicar por qué, si la amaba tánto, es así con ella, y por qué es así con ella si la ama tánto como parece cuando le pide perdón.

—(Se pasea y se detiene.) Ella era para él... una violeta... de un jardín que no era el suyo... La quiso trasplantar... y la trasplantó... para sí. Pero él quiere que todo sea camino para él... y que la violeta no esté como la silla que dijiste... Y un día le puso la pata encima... Desde entonces, siempre que pasa le pone la pata encima!...

—¡Cuando estoy, no se lo permito! (Se levanta.) ¡Y hoy tampoco!... Me indigné de tal manera que le grité que su conducta era criminal. Me contestó que yo seguía entrometiéndome en sus asuntos, y que mejor haría en no poner los pies en su casa. "¡Tus asuntos!... ¡Susana es mi hija"... Y él me gritó: "¡Yo no puedo verla a usted en mi casa! ¡Su presencia me ataca los nervios!"... "¡Aquí estoy para defender a mi hija!"..... No recuerdo todos los detalles de la cuestión. Le dije que Susana hubiera hecho mejor en casarse con Lariviere...

—¡Y hubiera sido mucho mejor!...

—Alejandro era una bestia y yo una fiera...

—El era una bestia innoble y tú una fiera santa. . .

—Susana le decía: "¡Alejandro, por favor!..." Y a mí: ¡"Calla, mamá!"—"Una mujer como tu madre no se calla jamás"... "A todo el mundo le voy a decir cómo eres para que te conozca!" — lo amenacé. "¡Basta ya de escenas de conventillo!" — vociferó. "¡Ya le he dicho, señora, que no quiero verla en casa!". . . Entonces, le enrostré muchas otras verdades con el valor de un hombre fuerte, y me sacó a empujones de la habitación. . . (Se sienta.)

—Con toda cobardía. . .

—¡Ahora podrá ajarla sin que nadie la defienda!. . .

Un momento de silencio meditativo de ambos.

—Mamá,. . . si alguien tiene la culpa de lo que a ella le sucede, es ella misma, porque no fué capaz de presentir que sería desgraciada a su lado. . .

—El amor es ciego y no presiente sino la felicidad. . . ¡Ahora podrá pisotearla, completamente a su gusto!. . .

—¡Y te ha pisoteado a ti!. . . ¡Pero yo iré a darle de palos con un bastón!. . . ¡No sé cómo estoy aquí todavía!. . .

—¿Con qué bastón?. . . Nada de eso, Marcelo. . .

—Con el más fuerte de los bastones que guardas de papá.

—No, no... Hay que pensar algo serio...

—¡Nada más serio que una tanda de golpes beneficiosos!... ¡Hay que reformarle el carácter a golpes, como se forja el hierro!...

Amelia se levanta y, caminando, exclama, como hablando consigo misma:

—¡Qué tristeza!... ¡qué tristeza!... (Se detiene.) ¡Qué profunda tristeza! (En eso siente que su brazo derecho está paralítico.) ¡Mira, Marcelo!... ¡Mira!... ¡No puedo levantar el brazo!...

Marcelo, después de un instante de estupor, se acerca a Amelia, que inútilmente intenta alzar el brazo, y, haciéndola sentar, le pregunta:

—¿Qué tienes, mamá?... ¿Qué es eso?...

—Ahora me parece que podré levantarlo.... ¡No puedo levantarlo!...

—¡No ha de ser nada, mamá!...

Entra Francisco por el fondo.

Amelia, contestando a Marcelo:

—No ha de ser nada. (Ya no pretende mover el brazo.)

MARCELO. — ¿Ves, Francisco?... Mamá ha perdido el movimiento del brazo derecho... Y eso ha de ser por los disgustos... por todos los disgustos... y por el que le ha dado Alejandro...

AMELIA, a Francisco. — No es nada... Me voy a levantar...

MARCELO. — No, mamá... Espera...

AMELIA. — Quiero ir a recostarme un rato en mi dormitorio... (Trata de incorporarse.)

FRANCISCO, que se ha acercado a Amelia:

—¡Ven, Marcelo!... Acompañemos a mamá...

Amelia se levanta con dificultad al principio, apoyándose con la mano izquierda en el asiento. Francisco y Marcelo la observan atentamente, extendiendo los brazos como para ayudarla; pero en un tácito acuerdo de no impedir que pueda ponerse sola de pie.

Amelia, después de un esfuerzo, se yergue con facilidad, y suspira:

—Ah, tenía miedo de levantarme... de miedo de verme más imposibilitada de lo que estoy... ¡No es nada más que el brazo!...

Llora de contento, un instante, y se encamina hacia la puerta más inmediata. Con ella van Francisco y Marcelo. Mira significativamente a Francisco, y le dice:

—¡Estás aquí... ¡Cuánto me alegro!... Hay penas; pero hay alegrías!...

Carlota y Dolores, por el fondo. Carlota, sin sombrero, y alrededor del cuello una larga boa, con cuyas puntas se arrebuja las manos, que traen un ramo de violetas sin atar:

—No hay nadie...

—Se han ido. Voy a avisar que está usted.

—Ya vendrán... ¿No es la hora de cenar?...

(Se saca la boa y la coloca sobre el respaldo de un sillón.)

—Falta poco.

—Mientras tanto, repartiré las violetas. (Se acerca a uno de los lados cortos de la mesa, oblonga según la moda de la época.) Aquí es la cabecera...

—Sí, es el sitio de la señora...

—Pero antes era allá... (Señala con un gesto el lado opuesto.)

—No, niña. Es el sitio del niño Antonio.

—¡Es cierto!... (Fija la vista en esa parte, y considera en silencio que se halla sin cubierto.)

—Se le pone el cubierto cuando viene... Y hace tiempo que no viene.

Carlota deja caer violetas sobre el sitio de Amelia; luego sobre el siguiente, en uno de los lados contiguos. Dolores observa:

—Para el niño Francisco...

Carlota sigue soltando violetas allí. De pronto, advirtiendo la diferencia a favor de Francisco, pone más en el sitio de Amelia.

—¿Y al niño Julián y al niño Marcelo?...

—Ya les llegará el turno...

Carlota deja caer violetas en los demás cubiertos, y después en el lugar de Antonio:

—Por si viene...

—No ha de venir...

Más violetas caen de las manos de Carlota; ahora en otro lugar vacío. Son las últimas.

—Para la niña Susana ausente — dice Dolores. — ¡Qué tierno corazón tiene usted! . . . (Carlota sonríe.) ¡Y qué bien queda la mesa así!

Dolores se retira.

Entra Antonio, por el fondo. Se ha dejado crecer la barba y el cabello. No se saca el cilindro, despeluzado; el sobretodo, raído, y los guantes, gastados. Su mirada es dura. Saluda a Carlota cuando ya está a su lado:

—Buenas noches, Carlota. (Le extiende la mano.)

—(Con sorpresa contenida.) Buenas noches, Antonio. (Le toma la mano.)

—¡A ver . . . dame otra vez la mano! . . . (Se dan otra vez la mano.)

—(Intrigada y con extrañeza.) — ¿Qué quieres ver? . . .

—(Muy seriamente.) — No eres masona . . .

—(Sonriendo.) — No lo soy . . . Y me estaba acordando de ti . . . hace un momento. Hablando de Roma, el rey asoma . . .

—(Mirándola.) — ¡Y contigo pan y cebolla! . . . (Pone la vista sobre la mesa, va hacia ella y se sirve un poco de vino tinto en una copa de color.)

—A ti no podría decirte que pobre porfiado saca mendrugo . . . (Después de un instante, mientras él bebe un sorbo y deja la copa.) ¡Pero sí que tánto va el cántaro al agua que al fin se rompe! . . .

—¡Eh, bueno! . . . ¡Yo no soy Francisco, y . . . cada oveja con su pareja! . . .

—El rey de Roma ha hablado como si fuera un hombre rudo del campo.

—(Se sienta a la mesa, donde se sirviera el vino.) Nunca ha estado en el campo. Aprendió ese dicho en la ciudad. (Se descubre y coloca el sombrero sobre la mesa con las alas hacia arriba. Bebe otro sorbo.) ¿Cómo está tu hermano Pedro el Grande? . . .

—(Con intranquilidad.) — Bien, gracias . . .

—He visto que se le ha dado el remate de la casa . . . Me alegro que gane esa comisión . . . Fuera de él y del comprador, nadie ganará nada con el remate . . . Nos quedaremos sin casa y sin ganancia . . . Cuando se hizo la hipoteca, estaba por las nubes el valor de las casas, y ahora está por el suelo . . . ¡Todo está por el suelo! . . . ¡El rey de Roma también! . . . (Se pone el sombrero.) ¡Bueno . . . no hablemos más del rey de Roma!... (Carlota lo observa y respira ansiosamente.) No hay rey, no hay Roma, no hay nada! . . . (En un movimiento del brazo, con que acompaña lo que dice, vuelca sobre el mantel la copa de vino. Carlota respira con creciente ansiedad. Antonio ve con grima el vino volcado.) ¡Qué embromar! . . . (Se queda pensativo.) ¡Y en el sitio de Julián! . . . ¿Y estas violetas? . . . ¡Las violetas dan ganas de morir! (Mira fijamente a Carlota.) ¡Y dan ganas de amor! . . . Estamos muy solos, Carlota . . . Pe-

ro tú amas a Francisco... (Se levanta y camina hacia Carlota.)

—(Retrocediendo espantada.) No te acerques, Antonio!...

—(Se detiene.) ¿Por qué me tienes tánto miedo?... Si me amaras no me tendrías ningún miedo... Yo tampoco no te amo... ¿Dónde estará mamá?... ¿Has oído hablar de...?

—Sí, sí...

—¿Que se casó con...?

—Sí, sí...

—(Se sienta.) Conoces los nombres de ella y de él... y quizá los conozcas a ellos... Yo creí que ella me amaba... Cuando supe que se burlaba de mi amor, me perdí... porque perdí la fe en mí mismo... Todo esto no la sabe mamá, ni nadie... Hoy te lo digo a ti, porque si alguien me amara, yo sería el de antes... (Se levanta y sigue como hacia Carlota.)

—¡Te he dicho que no te me acerques!...

—Me crees borracho, y no lo estoy. No me acerco a ti... ni a nadie... Me alejo de ti... y de todos... Me voy... para siempre... Si no encuentro a mamá en el camino de mi vida, dile tú que vine a despedirme de ella, porque me marcho al campo, a trabajar aunque sea de peón...

Parte por donde entrara.

Vuelve Francisco:

—¿Qué te pasa, Carlota?...

—¡Ah, Francisco! . . . ¡Qué susto me ha dado Antonio! . . .

—¿Dónde? . . . ¿Cómo? . . .

—Aquí. En este instante se ha ido . . .

—Estaría borracho . . .

—No. Se había sentado . . . allí . . . junto a donde ahora está ese vino volcado sobre el mantel . . . Lo volcó sin querer, como estando fuera de sí . . .

—Había tomado . . .

—Sí. Pero, ¿cuánto? . . . Nada . . . Las violetas le hicieron mal . . . Después se quedó tranquilo . . .

—(Con la vista sobre las violetas.) Tú las has puesto . . .

—Sí; para todos, y para ti . . . Pero de pronto, mirándome de un modo extraño, exclamó: "¡Qué solos estamos, Carlota! . . . ¡Yo quisiera ser Francisco para besarte! . . ." Esas palabras me dieron un miedo terrible cuando vi que se me acercaba de una manera resuelta como a besarme a la fuerza, o a matarme . . .

—¿A matarte? . . .

—Y era que acercándoseme se dirigía a la puerta por la que desapareció.

—¿Por cuál? . . .

—Por esa . . .

—¿Con paso firme? . . .

—Con paso firme. Y me dijo que se iba a trabajar en el campo, y me pidió que lo despidiese de Amelia . . . Cuando entró, no era el de antes; . . .

cuando se fué, era otro... Me ha dejado la impresión de una sombra de la locura...

—(Con voz temblorosa.) Tranquilízate, Carlota...

—(Suspira.) Estoy tranquila... ¡Pobre Antonio!... Tomaré un poco de agua...

—(La sirve agua en un vaso.) Antonio, en cualquier estado en que se halle, es incapaz de hacerle daño a nadie... ¿Está muy fría?...

—No.

—(Poniendo el vaso en su sitio.) ¿Estás completamente tranquila ahora?

—(Sonriente.) Sí, Francisco...

Francisco la mira; se arrima a ella; la abraza y la besa. Después se apartan.

—Dolores avisó que habías venido; pero mamá no se encontraba bien...

—¿Qué tiene?...

—Disgustos... Ha vuelto así de lo de Susana...

—Por Gramont, seguramente...

—Y está enferma; con un principio de parálisis...

—¡De parálisis!...

—Sí, en el brazo derecho. Cuando vine a verte ya se sentía más aliviada; lo movía un poco, aunque con bastante dificultad.

—¡Dios quiera que sólo sea una cosa pasajera!...

—Ha de serlo...

—¡Corro a verla! . . .

—Me dijo que vendría al comedor . . .

—¡Ah, respiro! . . . ¡Entonces, no es nada! . . .

—Nada, no . . . Tu visita le hará mucho bien. Se mejorará conversando con tu cariñosa alegría... No le digas nada de Antonio . . .

Vuelve Marcelo.

MARCELO. — Alguno tendrá que ir a lo de Susana . . . ¡Ah, Carlota! . . . ¡buenas noches! . . .

FRANCISCO. — Pero no tú. A mí me corresponde hablar con Alejandro y ponerlo en vereda.

CARLOTA. — Buenas noches, Marcelo.

Amelia llama a Carlota desde adentro.

Carlota acude rápidamente.

Francisco se pasea en silencio. De pronto exclama:

—¡No sé qué palabras arrojarle al rostro que sean más duras que golpes! . . .

—No vayas solo — observa Marcelo.

—¡Cómo! . . . ¿Crees que necesito de ti para aplastarlo a puñetazos? . . . ¡A él y a ti . . . a los dos! . . .

—¡Por Dios, Francisco! . . . ¡No te enfurezcas contra mí también! . . . No he querido decir eso... Conozco tu fuerza y tu valor. Los he visto vencer a un hombre que parecía una mole invulnerable . . .

—¿Y qué has querido decirme?

—Ya no lo sé. Pero sé que no era eso.
—¡Es decir que no sabes lo que dices!...
—Así será. No te discutiré el asunto.
—Te guardarás muy bien de discutir conmigo.
—Me guardaré muy bien de discutir contigo.
Marcelo se retira.

Francisco se acerca a la estufa. Mira pensativamente el fuego. Toma la pinza; echa más carbón a las brasas, y parte con aire decidido.

Vienen Amelia y, acompañándola, Carlota y Marcelo.

AMELIA. — ¡Francisco!...

Francisco se detiene y se da vuelta a atenderla.

AMELIA, sonriente. — Cuando se presente el doctor Cabanel, tendrá que exclamar: ¡Usted ya no tiene nada!...

FRANCISCO. — De su casa me contestaron que no tardaría en regresar. Pronto vendrá.

AMELIA. — Ahora podría telefonearse que no venga. Esto se va solo. (Levanta un poco el brazo. Luego toma asiento en un sofá.)

FRANCISCO. — ¡Te sientes, pues, mejor!...

AMELIA, después de un momento. — Hacía tiempo, Francisco, que tus preocupaciones no te permitían decirme más que "buenos días" o "buenas tardes" o "buenas noches"...

FRANCISCO. — Exageras las cosas...

AMELIA. — Probablemente. ¡Querer es exage-

rar!... Eran, por cierto, muy pocas expresiones para mi afán secreto de charlar como madre con uno de mis hijos... Esta enfermedad repentina puso tu oído filial contra mi corazón... Me ha animado el calor de tu rostro sobre mi seno...

FRANCISCO, sonriendo cariñosamente. — Sin decirte nada de eso, escuché los latidos de tu corazón...

AMELIA. — Tienes razón... ¡Qué importa que no suenen las palabras!... ¡Hay silencios mucho más elocuentes!... ¿A dónde ibas?...

FRANCISCO. — A lo de Susana.

—AMELIA. — ¡No vayas!

FRANCISCO. — ¿Por qué?... ¡Es en extremo intolerable la conducta de Alejandro con ella y contigo!

AMELIA. — Deseo que no surjan nuevos conflictos... Lo que él ha hecho conmigo es una consecuencia de su modo de ser con Susana; y ese modo de comportarse con ella no tiene más que un remedio: la separación.

MARCELO. — Remedio inverosímil donde no existe el divorcio en forma completa y donde la sociedad, por falta de una ley de felicidad que modifique su concepto, mira con malos ojos a la mujer que no se resigna a ser el estropajo de su marido.

CARLOTA. — Yo creo que la crueldad de Gramont no ha disminuído el amor de Susana...

FRANCISCO, a Amelia. — El asunto actual es que se ha conducido indignamente contigo.

MARCELO. — ¡Eso es el asunto! . . .

AMELIA, a Francisco. — ¡No para mí! . . . . ¿Qué ganará Susana, qué ganaré yo, qué ganaremos todos con que vayas?... ¿y a qué?... ¿a pelearlo? . . . ¡No! ¡Te suplico y te exijo que no vayas! (A Marcelo que se retira.) ¡Tú tampoco, Marcelo! . . .

MARCELO. — ¡No, mamá . . . No te aflijas!... (Sale.)

FRANCISCO, a Amelia. — ¡Bueno! . . .

AMELIA. — Sí, Francisco, no vayas.

CARLOTA. — No vayas.

FRANCISCO. — No iré.

AMELIA. — ¡Sales, sin embargo! . . .

FRANCISCO. — Pero no de casa . . . . Supongo que Carlota se quedará a cenar con nosotros.

CARLOTA. — No puedo. Pedro me espera.

FRANCISCO. — ¡Que espere! . . . Invítala, tú, mamá! . . . ¡No puede ser que te traiga violetas y no se quede! . . . (Se va.)

Amelia busca con los ojos:

—¡Ah, no las había visto! . . . ¡Qué Carlota! . . . ¡En castigo, te quedarás! . . .

—No tengo tiempo . . . Si me quedara, Pedro vendría a buscarme hecho una furia . . . Le he prometido acompañarlo al Politeama . . . "Faus-

to", con la Colonesse y De Marchi... Me necesita porque no se atreve a ir solo a cierto palco, de visita, a conversar ya sabe usted con quién...

—Pero, ¿irás sin haber comido?...

—¡Comeré a la disparada, y al teatro!... A Pedro le gusta ser puntual.

—Prospera su amor...

—¡Quién sabe!...

—El estuvo enamorado de Susana...

—Sí.

—Y Susana lo estaba de otro.

—Se me ocurre que también su nueva festejada prefiere a otro...

—Con tu hermano o con el otro, tu amiga será más feliz que Susana... y la madre de ella será más feliz que yo... Así como estoy, perdiendo el movimiento del cuerpo, quisiera estar perdiendo la memoria de la existencia...

—Usted está recuperando el movimiento...

—No abrigo ninguna fe en la reacción... Me siento por demás abatida... La alegría es efímera en mí... Pero, ¡para qué entristecerte, Carlota, manojo de sonrisas con regalo de violetas!... Vete... no demores en irte!...

—Usted me dice que me vaya y yo escucho que me dice que me quede!... ¡Con cuánto gusto me quedaría, Amelia!... ¡Me voy!... ¡Hasta mañana!...

—Hasta mañana. (Carlota se pone la boa.) ¿No tendrás frío con tán poco abrigo?...

—Me voy a escape. Una corrida es un buen abrigo.

—¿No te dará miedo pasar sola por la quinta a esta hora? . . . . Tú eres miedosa . . .

—¿Yo miedosa? . . . ¿Y miedo, por qué? . . . ¡No! . . . ¡De un brinco llegaré a casa!. ¡Adiós!

—No olvides que me has dicho "hasta mañana".

Carlota desaparece.

Amelia se levanta y se acerca a la mesa. Quiere tocar con la mano derecha el timbre de la mesa, y no puede. Luego lo oprime con la otra mano, fijando la vista en la mancha de vino sobre el mantel. Mientras suena a lo lejos la campanilla, llega, también de lejos, un grito de espanto, cuya voz parece la de Carlota.

—¡Un grito! . . . ¡de Carlota! . . .

Amelia escucha.

A ese grito siguen otros inmediatamente: "Antonio!" . . . "Socorro!" . . .

Amelia, paralizada y temblorosa, se los repite, ahogada en trágicas conjeturas. De pronto reacciona y, rápida en todo, va hacia la ventana más cercana, mira hacia afuera, con la cara descompuesta, y se dispone a salir.

En eso entra Dolores:

—¡Señora! . . .

—¿Has oído? . . .

—¿Qué tiene, señora? . . .
—¿No has oído? . . .

Entra Francisco:
—He oído gritos — exclama, y se va hacia la quinta.

Viene Marcelo.
Amelia le dice, como absorta:
—Gritos de angustia . . . La voz de Carlota... Acaba de irse . . . Algo con Antonio . . .
MARCELO. — ¡Voy a ver! . . . — y da unos pasos, saliendo.
Dolores lo detiene, diciéndole:—Quédese, niño Marcelo . . . ¡La señora no está bien! . . . Y ya ha ido el niño Francisco . . .
AMELIA, a Marcelo. — Ayúdame a ver . . . Me siento desvanecer . . .
MARCELO, sosteniéndola. — ¡Agua! . . .
Dolores echa agua en un vaso, apresuradamente, de una vasija de la mesa.
AMELIA. — ¡Agua no, Marcelo, fuerzas! . . . (Rechaza el agua que le ofrece Dolores.) Ya pasó! . . . (Mira otra vez por la ventana, levantando con la mano izquierda el visillo que cuelga sobre los vidrios. Marcelo la cuida. Dolores pone el vaso donde estaba, sobre la mesa.) Ni una alma en todo el camino . . .
MARCELO. — Y se distingue bien hasta el portón . . .

DOLORES, observando por la otra ventana. — El portón está entornado...

AMELIA, presa de una gran agitación. — Necesito que Francisco no demore en volver... (A Marcelo.) ¡Déjame andar sola!... (Camina. Su brazo derecho pende.) ¿Qué habrá sucedido?... ¡No puedo esperar más!... ¡Me voy a morir con esta aflicción!... ¡Tengo que salir a saber yo misma!...

MARCELO, junto a ella. — No te dejaré salir... La noche está fría y tú no estás bien...

AMELIA. — Me siento muy angustiada...

DOLORES, a Marcelo. — ¡Voy yo!...

MARCELO. — No.

AMELIA, a Marcelo. — ¿Ha venido hoy Antonio?...

MARCELO. — No lo he visto.

AMELIA. — ¿Y tú, Dolores?...

DOLORES. — No, señora...

AMELIA, de nuevo a la ventana. — La luz de la luna aumenta mi angustia...

DOLORES, junto a la otra ventana. — ¡El portón se mueve!... ¡Alguien lo abre más!... Viene el niño Francisco!

AMELIA. — Escudriñando a los lados... ¿Por qué hará eso?...

MARCELO. — No escudriña; mira no más.

AMELIA, golpeando el vidrio con la mano izquierda. — ¿Qué había, Francisco?

DOLORES. — Nada, puesto que se sonríe!...

MARCELO. — ¡Buena señal, mamá!...

AMELIA, a Marcelo. — ¿Divisaste tú que sonreía?...

Entra Francisco, contestando a la pregunta muda de todos:

—No ha sucedido nada más que un susto de Carlota... por nada. Corría con miedo, y se espantó de un tronco. En eso rozó con una rama, y su espanto fué terror.

MARCELO. — Iría con miedo porque iba corriendo. El miedo apura el paso; y correr lo provoca, sobre todo en la soledad fantástica de una noche de luna...

FRANCISCO, a Marcelo. — ¡Bueno hombre... basta!

AMELIA. — Iría con miedo porque yo le pregunté si no lo tendría...

MARCELO. — ¡Ah!... ¡Por eso, mamá!...

FRANCISCO. — Y entró a su casa sin darse cuenta. Pedro, que ya venía a buscarla, la volvió en sí. Carlota ha pasado un mal rato, por sus nervios... y nosotros también... Hoy es día de malos ratos...

MARCELO. — ¡Bueno, hombre... basta!...

AMELIA, que se ha sentado y se halla hondamente preocupada. — Yo oí el nombre de Antonio en sus gritos... ¿No lo oyeron ustedes?...

Francisco responde negativamente con la cabeza. Dolores se retira.

MARCELO. — No, mamá . . .

AMELIA. — ¿Y tú, Dolores? . . .

MARCELO. — No está. Muchas palabras suenan como "Antonio". Yo oí "socorro". Tu estarías pensando en Antonio, y te pareció su nombre.

AMELIA. — Yo estaba viendo esa mancha húmeda de vino sobre el mantel en el sitio de Julián . . . y esa copa volcada . . .

MARCELO se acerca a la mesa, observa la mancha y pára la copa.—Julián no toma vino antes de cenar, y no ha de haber venido todavía . . .

AMELIA, a Francisco. — Estás muy callado... ¿No te dijo Carlota nada de Antonio? . . .

FRANCISCO. — No hablemos más del asunto...

AMELIA, con súbito enojo. — ¡Yo deseo hablar del asunto! . . .

FRANCISCO. — Yo no.

AMELIA. — ¡Yo deseo saber de Antonio! . . .

Se levanta, va a la ventana, la abre enérgicamente con la mano izquierda, y grita:

—¡Antonio! . . . ¡Antonio! . . .

Francisco, después de trepidar durante un momento, se retira.

Marcelo, sacando a Amelia de la ventana, que cierra al mismo tiempo:

—¡Mamá . . . por Dios! . . .

IV

Marcelo ha conseguido que Amelia se siente, y tranquilizarla, aunque no quitarle su honda preocupación.

Ella le dice:

—La brusca negativa de Francisco a contestarme si Carlota le habló de Antonio... y todo... (Mirando hacia la mancha de vino del mantel)... me revela que Antonio ha estado aquí... y ha sido la causa de los gritos de Carlota... La última vez que Antonio conversó conmigo le sucedían cosas de un hombre que está perdiendo la razón... Ahora andará por la quinta como un cuerpo sin alma...

—Ningún motivo puede tener Francisco para ocultarte lo que supones.

—Desde que ese pobre hijo mío no vive en casa, rehuye hablarme de él...

Entra Julián. Viene de su cuarto, donde ha dejado el sobretodo y el sombrero con que llegó de la calle.

JULIÁN. — Buenos noches...

AMELIA. — Buenas noches, Julián...

MARCELO. — Buenas noches...

JULIÁN. — Traigo un gran apetito en vísperas de una gran revolución...

AMELIA. — ¿En vísperas de una gran revolución?...

JULIÁN, a Amelia. — Sí. (A Marcelo.) Contra Luis XVI... ¿No ha venido Francisco?

MARCELO. — Ha venido. ¿Qué semejanza encuentras entre aquel Luis y Juárez Celman?

—JULIÁN. — Su debilidad y el fausto y la corrupción de sus épocas... Nos preparamos a cantar una Marsellesa argentina...

AMELIA. — ¿Y tú, Julián, te dispones a ir a una revolución como a una fiesta?...

JULIÁN. — Como a una fiesta, no; pero resueltamente, sí. El triunfo será una fiesta.

AMELIA. — Pero, crees que puede entusiasmarme un suceso que pondrá en peligro tu vida?...

MARCELO. — Julián quiere que seas como la madre de los Gracos.

JULIÁN. — No digas tonterías...

MARCELO. — Es mejor decir tonterías que referir proyectos alarmantes, en ciertas circunstancias...

JULIÁN. — No entiendo lo que dices...

MARCELO. — Porque no sabes nada de todo lo que ha pasado en casa...

JULIÁN. — Porque no disfruto, como tú, de las ventajas domésticas de una ausencia de pocas horas, gracias a un trabajo de sólo medio día...

MARCELO. — Y no sabes que esperamos al doctor Cabanel...

JULIÁN. — ¿Quién está enfermo? . . . ¿Francisco? . . .

Entra Francisco.

JULIÁN. — ¿Estás enfermo? . . .

FRANCISCO. — ¿Tengo cara de enfermo? . . .

MARCELO. — Es mamá . . .

JULIÁN, interrumpiendo a Marcelo. — ¿Qué tienes, mamá? . . .

AMELIA. — Una cosa más o menos pasajera, como todas las cosas de la vida, aun las más largas . . . Nada, en fin . . . Cuando venga el doctor Cabanel diagnosticará un principio de parálisis... con influencia sobre todo el costado . . .; pero se trata de Alejandro, y . . . ¿no has sabido nada de Antonio? . . . ¿No has recapacitado sobre tu actitud con él? . . .

FRANCISCO, a Amelia. — No vuelvas a los reproches por eso . . . Haces momias de todos los acontecimientos que te afectan, como para rendirles el culto de tu dolor a través de los siglos . . .

MARCELO, sentado en un sillón, junto a una mesita, de la que ha tomado un libro cuyo lomo lee: — Un libro de C. M.: Carlota Murot . . .

FRANCISCO, a Marcelo. — Te lo recomiendo... en tu gesto de novela por entregas . . .

MARCELO, hojeándolo. — Una obra filosófica, lectura de un genio alegre. ¡Qué contraste! . . . La alegría ha de ser la más lógica hermana de la filosofía . . .

JULIÁN, a Amelia. — Antonio no debía continuar en casa, con la existencia que llevaba... ¡Ahí anda!... De caída en caída, y otra vez en el medio de la calle...

MARCELO. — Dice aquí La Bruyere: "Siendo la vida miserable, es duro soportarla."

JULIÁN. — ¿Y?...

MARCELO. — No nos apasionemos contra el que, víctima de su destino, soporta una vida miserable.

AMELIA, a Julián. — ¡Y Antonio es un hijo mío!... ¡Y es un hermano tuyo!...

JULIÁN. — ¡Por eso mismo no puedo tolerar su desgracia!... ¡Por eso!... ¡Porque es mi hermano!...

FRANCISCO. — ¡No hablemos más del asunto!

MARCELO, a Julián. — Yo hubiera exclamado "soportar"...

FRANCISCO. — En casa no hay paz ni a la hora de comer!...

Viene Dolores.

AMELIA, a Dolores. — Puedes servir...

DOLORES. — Venía a preguntárselo...

AMELIA. — Sí, sirve...

Dolores se retira.

Amelia se levanta y camina hacia la mesa, tratando de alzar el brazo derecho, lo que a veces consigue un poco,

AMELIA. — ¡Marcho sola, y lo más bien!...

MARCELO. — ¡Lo más bien!...

FRANCISCO y JULIÁN. — ¡Perfectamente!...

AMELIA. — Me pareció que el brazo no me dejaría andar libremente... Pero un brazo inmóvil o casi inmóvil no es una pierna inútil...

MARCELO. — Mamá... piensas como La Bruyere... (Coloca el libro donde estaba y se levanta.)

AMELIA. — Quieres decir que soy capaz de pensar... Sufrir es pensar. Pero se necesita la actividad de los dos brazos para caminar mejor.

Llega y se sienta a la cabecera de la mesa.

JULIÁN. — Has arribado al puerto con toda felicidad en el viaje...

AMELIA. — Porque ya me estoy acostumbrando al peso de un brazo de mármol. Y deseo que ustedes, si no sano, se acostumbren a verme así...

Toman asiento a la mesa Francisco y Marcelo. Julián se ha acercado a su sitio; pero no se sienta.

MARCELO. — Toda la mesa, llena de violetas...

AMELIA. — Por las manos obsequiosas de Carlota...

MARCELO. — Mucho más que con todos, con Francisco...

JULIÁN. — Yo no puedo sentarme aquí.

AMELIA. — ¿Por qué?... ¡Ah!... Me olvidé de hacer cambiar el mantel... Pero eso puede remediarse con una servilleta, si quieres...

JULIÁN. — ¡Como en una fonda!...

FRANCISCO. — ¡Caramba, Julián!...

En eso Dolores trae la sopera en una bandeja de plata y, dejando la bandeja sobre el trinchero, coloca la sopera en el sitio de Amelia, encima de la carpeta para las fuentes.

AMELIA, a Julián. — ¿Qué quieres?... ¿que se ponga una servilleta o que se cambie el mantel?...

JULIÁN. — Lo que sea más breve.

AMELIA, a Dolores que parte con la bandeja.— Trae una servilleta del ropero, y cambia esa copa, y ese vaso, y aquel otro.

DOLORES. — Disculpe, señora... No me había fijado... (Recoge la copa y los vasos.)

AMELIA. — Hay que fijarse en las cosas, Dolores.

Dolores sale con la copa y los vasos sobre la bandeja.

MARCELO. — Dolores pierde fácilmente la cabeza... Y Julián se la hace perder... a cualquiera.

JULIÁN. — ¿Qué dices?...

MARCELO. — Nada de importancia para la incorregible sociedad humana...

JULIÁN. — Que no se corrige de la envidia... ¿Y quién se ha servido vino antes de comer, como un aperitivo, con mi copa, y de una manera tán torpe?...

MARCELO. — Tú crees que he sido yo . . . Por eso te has expresado como en francés: . . . *Et qui, . . . comme, . . . dans, . . . avec, . . . et d'une maniere si?* . . . Siempre que te enojas te vuelves a Francia . . .

JULIÁN. — En Francia aprenderías a ser menos pavo y más serio . . .

MARCELO. — No se te ocurra decir esto entre los que no han estado encerrados en Ruan y se han divertido en París . . . Parecerías un humorista, y tu seriedad de provincia no se aviene al humorismo . . .

JULIÁN, a Amelia. — ¿Quién ha sido, mamá? . . .

AMELIA, con voz triste. — Pregúntaselo a Francisco . . . Tu hallazgo te preocupa como si fuera el descubrimiento de un delito contra tu propiedad . . .

Dolores ya ha vuelto, con la servilleta, la copa y los vasos; los ha puesto en sus respectivos sitios; termina de arreglar con la servilleta el de Julián, y se aleja.

Amelia continúa dirigiéndose a Julián:

—Y ya puedes sentarte a comer sin el inconveniente . . .

FRANCISCO. — Mamá tiene razón . . .

MARCELO. — Siempre la tiene . . .

FRANCISCO. — Nadie tiene siempre la razón... Esta vez la tiene . . .

MARCELO. — Como todas las veces. . .

JULIÁN, que se ha sentado a la mesa. — Tu actitud es sospechosa, Francisco. (Ríe con aire de perdonarlo.) ¡Has sido tú!

FRANCISCO, de mal humor. — No he sido yo.

AMELIA, a Dolores. — Retira la sopera de la mesa, y sirve tú. . . Yo no puedo servir.

Dolores toma otra bandeja de encima del trinchero, saca sobre ella con prontitud los cuatro platos hondos apilados a la izquierda de Amelia, la sopera y el cucharón, y sirve luego en ese mueble.

JULIÁN. — ¡Entonces, son las huellas de Antonio! . . . (Después de un momento.) Y tú sabes, mamá, que le he prohibido que ponga los pies en casa!

AMELIA, a Dolores, rechazando el plato de sopa que le sirve en la bandeja. — No voy a tomar... (A Julián.) Lo sé, y has hecho mal! . . .

FRANCISCO. — ¿Por qué no moderas tus energías, mamá? . . .

AMELIA. — ¡Mis energías están muertas! ¡Y Julián y tú y todo las han matado!

MARCELO, a Dolores, que va al trinchero, después de haberle servido el plato a Julián. — Yo no voy a tomar tampoco, Dolores. . . Llévese las cosas. . . La llamaremos. . .

Dolores desaparece rápidamente por la puerta más cercana, dejando la bandeja sobre una mesita al pasar.

AMELIA. — Yo no he visto a Antonio... Hace demasiado tiempo que no le veo, en mis ansias de verle... y en mi deseo de no verle como pudiera encontrarle... Pero ha estado aquí.... Francisco lo sabe, y lo calla porque Francisco es así... o porque, quién sabe cómo andará Antonio!...

FRANCISCO. — ¡Tú nos culpas de todos tus pesares!...

JULIÁN, a Marcelo que se aparta de la mesa.— ¿Por qué te levantas de la mesa?...

MARELO. — Porque me da la gana. Cada uno de nosotros hace lo que le da la gana. Por eso tú lo arrojaste de casa a Antonio... porque te dió la gana... sin pensar en la voluntad de mamá. La voluntad de mamá no vale nada para ti.

AMELIA. — Siéntate, Marcelo. Comamos en paz! ¡Por favor, hijos míos, comamos en paz!

MARCELO. — Sí, comamos en paz. (Se sienta a la mesa. Julián toma nerviosamente unas cucharadas de sopa.) Meditemos los unos mientras los otros comen en gracia de Dios.

Julián advierte que es el único que toma la sopa, y, por eso mismo, dominándose, sigue tomándola, con indiferencia aparente.

FRANCISCO, a Julián, de pronto. — Pero hombre, no hay nervios que resistan tu modo de sorber!...

JULIÁN, que tomaba la sopa con toda corrección, abandona la cuchara en el plato:

—¡Estaba buena la sopa!... Es una lástima que ustedes no la hayan saboreado como yo!... (Poniéndose de pie.) Y yo con un plato de sopa fría tengo bastante!

AMELIA. — Siéntate, Julián; no te levantes ahora tú. Con un poco de paciencia cada uno, comeremos en paz.

JULIÁN. — Yo quiero que tú elijas entre Antonio y yo, para que no se repitan estas escenas.

AMELIA. — Eso que dices me parece un exabrupto... Además, no te entiendo.

FRANCISCO, a Julián. — Antonio vino a despedirse de mamá, y se retiró sin verla. Creyó quizás que ella había salido... Se va al campo a trabajar...

AMELIA, a Francisco. — ¡Estuvo, pues!... Pero me parece que me defiendes ante Julián... ¿Yo no soy nadie en casa?...

JULIÁN, a Amelia. — Yo necesito que tú me asegures que no pronunciarás su nombre en mi presencia, y en ese tono de que soy su victimario, mientras él arrastre mi apellido por el fango de su vicio. Si no me lo aseguras, me iré de casa.

FRANCISCO, a Julián. — ¡Has perdido la chaveta!...

AMELIA. — ¿Oyes, Francisco?... ¡Julián no quiere que yo sienta como madre! (Se pone de pie.) ¡No sabes tratar con mi corazón!... ¡Yo

quisiera morirme ahora mismo!... ¡Mi vida es una confusión de sucesos, pasados y presentes, que me aniquilan!... ¡Yo no sé cómo estoy en pie!... ¿Qué puedo contestar?... Tu pregunta no tiene contestación!... Pero tu pregunta me indica que te quieres ir... ¡No había necesidad para irte de imponerme condiciones para quedarte! (Con voz de honda amargura.) Este hogar es muy triste para todos, por la culpa de todos y de nadie!... (Con súbita indignación.) ¡Mira, Julián... vete! (Levantando la mano izquierda.) ¡Yo no quiero que permanezcas un minuto más a mi lado!... ¡Vete! ¡Entre Antonio y tú, como eres y como estás, prefiero a Antonio, como es y como esté!... ¡Hazme el favor de irte!

Julián camina, yéndose resueltamente.

Entonces Amelia le pregunta, con asombro y angustia:

—¿Te vas?...

Julián se detiene, reflexiona y resuelve:

—¡Me voy!

AMELIA, con voz trémula. — ¡Pero lo que yo quiero es que no te vayas, Julián!...

En ese momento Julián se ha ido.

FRANCISCO, de pie. — ¡Si Julián se va, yo también me voy!...

AMELIA, con estupor. — ¿Tú también?...

Marcelo se levanta y se retira de la mesa muy agitado.

FRANCISCO, alejado de la mesa. — No hemos de irnos. . . Se dice; pero no se hace estas cosas. . . ¡No te has podido contener, mamá!. . .

Se retira.

AMELIA. — ¿Qué te parece, Marcelo?

—¡Pobre y querida mamá!. . . ¡Dime que yo te comprendo mejor!. . . ¡Dime que me perdonas cuando no te comprendo!. . .

—(Después de un instante.) ¡Marcelo!... ¡Marcelo!. . .

—¿Qué, mamá?. . .

—¡No puedo moverme!. . . ¡Tengo una pierna clavada en el suelo!. . . ¡Ahora no es el brazo solamente!. . . ¡Ahora es también la pierna!. . . (Llorando.) ¡Hijos míos!. . . . . ¡Queridos hijos míos!. . .

V

Sala con dos ventanas que miran a un jardincito que da a la calle; una puerta a un vestíbulo y otra a las habitaciones interiores. Muebles lujosos; pero antiguos y gastados. La sillería tapizada de granate oscuro. Predomina el color oscuro. Un piano. Un calorífero a petróleo.

Amelia y Micaela, sentadas. Amelia, avejentada. Tiene sobre la falda un libro abierto, de recortes de diarios.

—No sé por qué; pero sucede que vienes cuando me digo: ¡Ojalá venga hoy Micaela!

—Será por coincidencia de nuestros deseos de vernos en ese día...

Entra Dolores; de delantal; pero sin toca; con un mate. Se lo ofrece a Micaela.

MICAELA, a Dolores aceptándolo. — Después de éste, ninguno más... (A Amelia). Estoy recordando que una vez, allá en la quinta, te dije que sólo cuando me muriese dejaría el mate...

AMELIA, pensando. — Fué en una tarde triste, con rosas...

MICAELA, a Amelia, devolviendo el mate a Dolores. — No podríamos quejarnos de nuestra memoria... Pues bien... este mate es el último de mi vida.

Dolores se retira.

—Dolores se ha ido riéndose de tu ocurrencia. ¡Tú dejar alguna vez el mate!...

—Todo el mundo se ríe de lo que no entiende... La pobre no conoce los presentimientos de mis 83 años de edad...

Amelia, extendiendo el brazo derecho, coloca sobre una silla vecina el libro, abierto.

Micaela continúa:

—Siento en mí que, cuando regrese y, como siempre en el invierno, me acueste para vencer, con el abrigo del lecho, el frio de mi cuerpo y de mi habitación solitaria... sin familia... y, como siempre también, medite sobre nada, contemplando la misteriosa luz de la lámpara... me dormiré... para siempre.

—Nunca me has hablado de un modo tán extraño...

—(Ensimismada). Me dormiré para siempre... lo mismo que mi abuela... a la misma edad... (Saliendo de su ensimismamiento, se ríe a carcajadas. Amelia la mira...) ¡Sí, me río!.. ¡No es para menos!... ¡Acordarme de mi abuela!... (Vuelve a su tono grave). Hace días escucho una voz interior que me anuncia lo que antes era una sospecha y ahora una certidumbre. Y, como ves, no sin despedirme de tí me acostaré a dormir un sueño tán profundo.

—No estás bien... no estás bien...

—No desvarío... y estoy lo más tranquila y resuelta a que se cumpla conmigo la ley de la naturaleza...

Amelia toma otra vez el libro, y lo pone sobre su falda, abierto:

—¡Sin despedirse de mí se fué Julián a la revolución, y no volvió!... ¡No volvió ni volverá!...

—¿Para qué existe el tiempo sino para que la razón triunfe sobre el pensamiento por los hechos fatales?... No hace un día, hace dos años, que Ju-

lián no volvió. La ley de Dios, justa conmigo, fué injusta con él; pero nadie dirá de mí que dejé con gloria la vida en el combate luchando por un ideal. Esas lágrimas que viertes, caen sobre las páginas que proclaman tán bella acción de ese hijo tuyo...

—Palabras fugitivas de los diarios, olvidadas de los mismos que las escribieron... Y la gloria no resucita los muertos... Y, qué amargura sin consuelo para una madre la muerte de un hijo en la ausencia y durante un enojo entre ella y él!... (Hojea el libro). ¡Estos recuerdos me hacen pensar en tántas cosas!... (Lo cierra).

—¡Pensemos en otras!... Dime... ¿cómo le va a Marcelo de periodismo?...

—¡No le puede ir bien!...

—¿Por qué?...

—¡Porque lo abrazó con vocación por lo verdadero!...

Amelia se pone de pie y deja el libro sobre una cómoda de sala, de la que toma un gran retrato inclinado en un sostén. Luego se acerca a Micaela, y se lo muestra:

—Esta ampliación del último retrato de Julián, no la conoces.

Micaela saca sus anteojos de un bolsillo de su pollera, y se los coloca.

—No, Amelia... Es el mismísimo Julián... Nos sonríe...

—¡Y yo lo veo tán serio conmigo!...

Amelia se sienta, descompuesta, sin soltar el retrato. Micaela se levanta a atenderla:

—¡Amelia!...

—No es nada... Ya pasó... (Con fatiga). Hazme el favor... (Señala una mesita adornada con una pequeña estatua). Allí está el frasquito del éter... Alcánzamelo.

Micaela va y vuelve con el frasquito; lo destapa y se lo da. Amelia lo aspira varias veces:

—Micaela... me parece que tus presentimientos serían ciertos refiriéndose a mí...

—¿Te sientes mejor?... (Amelia le contesta que sí con la cabeza). Ya has aspirado bastante éter. (Le retira el frasquito y también el retrato, y los coloca donde estaban).

—¿Crees que puede hacerme daño? . . .

—¡Uf! . . . ¡Tiene un olor! . . . ¡Marea! . . . . No creo que te haga bien. . . . (Se sienta.)

—(Sonriendo.) No hay olor más atrayente que el de rapé. . .

—¿Me has visto tomar rapé alguna vez? . . .

—Pero sé que lo tomas, todas las mañanas y todas las noches. . . .

—Eso ha concluído esta mañana. Abrí la cajita, como de costumbre, y la cerré . . . sin servirme . . .

—(Con voz melancólica.) Desgano que no entiendo. . . .

—Yo sí. . . .

Amelia se levanta, va hacia el retrato de Julián y lo endereza. Micaela la sigue con la vista:

—Desgano final... Hombre, andas como una muchacha!...

—La pierna camina, aunque sin vigor, y el brazo me obedece, pero con menos agilidad... Este no marcha bien... (Indica el corazón.)

Entra Susana, interrumpiendo el silencio en que han quedado Amelia y Micaela. Sencilla y elegantemente vestida, con alguna despreocupación. Trae sombrero de invierno, tapado y guantes puestos, y un ramo de lirios y fresias en la mano.

AMELIA. — ¡Susana!... (Se abrazan y besan efusivamente.) ¡Hija mía!...

SUSANA. — ¡Micaela!...

Micaela se ha levantado y se ha abrazado con Susana:

—Tu presencia me ha hecho poner de pie, a mí que donde me siento me quedo!... ¡Influencia singular de tu cambio de estado!...

—(Sonriendo.) ¡No hace tánto tiempo que no nos vemos!...

—Es lo mismo, ya que no te veo frecuentemente. ¿Cómo estás?... ¿Y Alejandrito?...

AMELIA. — ¿Por qué no lo has traído?

SUSANA, a Amelia. — Alejandro quiso que se quedará con él. (A Micaela.) Está bueno. Yo también. ¿Y usted?...

AMELIA. — ¡No le preguntes eso!... ¡Está con unas ideas!...

MICAELA. — Me voy... con esas ideas. (A

Amelia que se dispone a decirle algo.) ¡No me digas que no me vaya todavía! . . .

Encima de una silla está su tapado. Se cubre con él. Luego se abraza y besa con Amelia, después con Susana, y se va.

AMELIA. — ¡Qué Micaela! . . . Hoy no ha querido sacarse la gorra . . . ¿Y tú, no te sacas el sombrero y el tapado? . . .

—Me sacaré el tapado. (Desembarazándose momentáneamente de las flores, se quita el tapado y lo coloca sobre una silla.)

—Micaela me ha dejado preocupada . . . . (Se sienta.)

—Me parece que me ha abrazado con más emoción que otras veces . . .

—A mí también . . . Está más viejita que antes . . . Es natural . . . Y ella lo sabe.

Susana se sienta, con las flores, y se desprende otra vez de ellas hasta haberse sacado los guantes:

—¿Y tú, cómo sigues, mamá? . . .

—(Mirándola con sonrisa profunda.) También estoy como Micaela, y también lo sé . . .

—(Levantándose.) Nada de eso, mamá . . . . . (Busca y encuentra un florero largo, para los lirios y las fresias, cuyos gajos son largos.)

—Llámala a Dolores para que le ponga agua...

Susana abre la puerta del vestíbulo y llama a Dolores.

Viene Dolores.

—Buenas tardes, Dolores.

—Buenas tardes, niña.

—¿Quiere ponerle agua a este florero? . . .

—Sí, niña.

Dolores se lleva el florero.

—¡Qué Susana! . . . Nunca vienes sin algo para tu madre . . . sobre todo con flores.

—Me gusta traértelas porque me parecen cosas que te digo y recuerdos que te dejo.

—Yo converso con ellas en silencio . . . Prefiero conversar contigo . . . ¿Por qué no vienes amenudo, aunque sea sin flores? . . .

Susana, pensativa, se dispone a contestar . . .

Entra Dolores y coloca el florero sobre una mesita, diciendo:

—¿Lo dejo aquí? . . .

—Sí, le responde Susana.

Dolores se retira.

SUSANA. — Dolores anda sin toca . . .

—Le he hecho otra rebaja en el sueldo, y no me animo a exigirle que la use . . . ¡Que se vista a su agrado! . . . Le agradezco que no me abandone . . .

Susana ha puesto algunas flores en el florero. Arrima una silla a la mesita. Se sienta y continúa en el arreglo de las flores.

—Te pregunté, mamá, cómo seguías... y no me has contestado...

—(Sonriendo cariñosamente.) Te pregunté por qué no vienes amenudo, y no me contestaste... (Como abstraída.) Cabanel estuvo esta mañana... Había quedado en examinarme nuevamente...

—Sí... sí...

—En fin, que lo que tengo ahora no es nada... Susana... tus manos se confunden con la blancura de los lirios...

—¿Te recetó algo?...

—Unas gotas en vez de las pildoras... No he podido descifrar la receta...

—El doctor Cabanel tiene una letra endiablada.

—Antes, no; ahora, sí, para que yo no sepa que mi mal está aquí... (Se toca el pecho en el sitio del corazón.) Me prescribió más reposo aún, menos cantidad de los alimentos que me había indicado... y los sinapismos en las piernas cuando me dé la fatiga... que me da porque no tengo nada... Pero una cosa me hace pensar que no tengo nada...

—¿Qué cosa?...

—(Con ironía.) Que los sinapismos me reponen.

—(Suspendiendo su tarea, que realiza lentamente.) Tu fatiga es nerviosa.

—Así lo asegura Cabanel... y tú también.

—Yo tengo fe en él... por su experiencia y por su amistad...

—Si esto es nervioso, ¿por qué no recurre de nuevo a la electricidad? — le pregunté.

—¿Y qué te dijo?...

—Que es de otra índole que la parálisis que me curó con la electricidad.

—¿No ves?... ¿No ves?... Hay muchas clases de enfermedades nerviosas... (Prosigue arreglando los lirios y las fresias en el florero con artístico abandono. Amelia la observa.)

—En fin... ¡Qué se yo!... Susana...

—¿Mamá?...

—¡Necesito que me digas la verdad sobre Alejandro!... ¿Cómo es tu vida con él?.... ¡La verdad!... ¡Ah, tu vida con él es un martirio!... (Se golpea desesperadamente la frente con la mano cerrada.)... ¿Por qué vives atada a ese hombre?... ¿Has nacido para ser su víctima?...

—No te exaltes, mamá. Lo que piensas es imposible. Alejandro es así conmigo, no porque no me quiera, sino porque es así, a pesar de todo lo que yo sé que me quiere.

—¡Soportas el infierno!...

—Yo le quiero, y me conformo...

—Yo no me hubiera resignado nunca!... Hubiera luchado hasta domarlo o dejarlo solo!...

—Tú tienes otro carácter, mamá...

—No entiendo ese amor, ni en él ni en ti; él sin respetarte, y tú no respetada por él... No me explico que en una desarmonía conyugal perenne no

muera el amor... ¡Pero no te recrimino, hija querida, dulce lirio!...

Amelia llora un momento, y se enjuga las lágrimas. Susana, pensativamente, coloca en el florero la última flor.

—Has arreglado las flores cerca del retrato de Julián, y no lo has visto.

Susana se levanta y mira hasta que lo descubre:

—Porque le daba la espalda. (Se acerca al retrato y lo examina.) ¡Pobre Julián!... (Doliente silencio.)... ¿Y Marcelo?...

—Ha ido a ver a Antonio.

—Yo no resisto verlo...

—¡Una alma buena desmoronada hasta el abismo actual... terrible como la muerte!... ¡más terrible que la muerte si no fuese por la esperanza!...

Entra Marcelo.

SUSANA. — Buenas tardes, Marcelo.

MARCELO. — Buenas noches, Susana. (Pone sobre una silla su sombrero y sobretodo.)

SUSANA. — No me había fijado que anochece.

MARCELO. — Es cierto, ya anochece. No me había fijado tampoco.

AMELIA, a Marcelo. — ¿Cómo lo has encontrado?...

MARCELO. — Mejor. Está cambiando de aspecto, y conversa como un hombre cuerdo. (Des-

pués de un instante, empieza a contar:) A Carlota... (Busca algo entre el sobretodo.) ¿Y el diario en que he leído la tragedia?...

—¿La tragedia?... No traías ningún diario... — dice Amelia.

SUSANA. — ¿Qué le ha pasado a Carlota?...

MARCELO. — Anoche, en su casa, al regreso del teatro con su marido...

Entra Dolores con una gran lámpara encendida; floreada y de pantalla artística. La coloca sobre una columna, y se queda a escuchar.

SUSANA. — ¿Ha enviudado?... ¿Ha muerto?...

MARCELO. — Se desnudaba, y él se abalanzó sobre ella con un puñal. Ella corrió a la ventana a pedir socorro, ya herida...

SUSANA. — ¡Continúa!...

DOLORES. — ¡Pobre niña Carlota!... ¡Tán alegre, tán buena, tán cariñosa!...

AMELIA. — Sí, Dolores.

MARCELO. — El la alcanzó en seguida. Ella quiso defenderse agarrándole el puñal, y sus filos le cortaron las manos...

DOLORES. — ¡Las manos!... ¡Pobrecita!...

SUSANA, retorciéndose las manos. — ¡Horrible!... ¡Horrible!...

MARCELO. — Ella se ocultó detrás de las cortinas de la ventana, como el niño que supone que

no le ven si cierra los ojos; pero él no la perdió de vista en su ciego furor...

AMELIA. — ¡Desgraciado pajarito acorralado!

MARCELO. — Y le hundió el puñal muchas veces a través de las cortinas... Cuando acudió la gente, ella era un cadáver, y él se había matado de un tiro en la sién.

Dolores se retira hondamente impresionada.

SUSANA. — ¿Por qué la asesinó?...

MARCELO. — Porque así procede la fiera de los celos por amor.

Amelia suspira.

SUSANA. — ¿Y por qué la asesinó si él iba a suicidarse?...

MARCELO. — Pensó quizá que así no se la dejaba al otro...

AMELIA. — ¿Quién es el otro?...

MARCELO. — No sé. Ni sé que haya otro. No sé nada. Se ha hallado un fragmento escrito por él, que dice: — A mí no se me juega sucio en balde.

AMELIA. — Esas palabras tán ordinarias revelan el espíritu de ese hombre!...

SUSANA, suspirando. — ¡Qué tarde es ya!... ¡Me voy!... ¡Pobre, pobre Carlota!... (Se cubre con el tapado.) ... ¿Y cómo se ha sabido todos estos detalles de ese crimen?...

Marcelo guarda silencio pensativamente.

AMELIA, como hablando consigo misma.—Los

celos de los hombres son pasiones de locura y de crimen.

MARCELO. — ¡Gran novedad, mamá, eso que dices!... Cuando leí la noticia, fuí volando a inquirir... La casa estaba cerrada. Ya no había nadie adentro, ni muertos ni vivos.

AMELIA. — Las mujeres bellas que, como Carlota, llevan la alegría consigo adonde van, provocan esas pasiones, porque los ojos de los hombres las interpretan como un deseo de tentarlos.

MARCELO, a Susana. — Te acompañaré hasta el tranvía. (Se pone el sombrero y el sobretodo.)

SUSANA. — ¡Qué tarde!... ¡Qué tarde!...

AMELIA, significativamente. — Sí, ¿eh?...

SUSANA, a Marcelo. — Quédate con mamá.

AMELIA. — Acompáñala, Marcelo.

Se abrazan y besan Susana y Amelia; y salen Susana y Marcelo; Susana llevando sin poner los guantes. Amelia se arrima a la ventana, y mira hacia afuera. Golpea el vidrio, y dice adiós con la mano, sonriendo.

VI

Entra Marcelo a la sala, de sombrero y sobretodo. Se saca el sobretodo, como para ponerlo sobre una silla; pero lo lleva al vestíbulo, de donde vuelve sin el sombrero y sin el sobretodo.

Viene Amelia de las habitaciones:

—Has andado pronto...

—Pasó el tranvía en seguida...

—Yo quisiera ser Susana para llegar tarde y ponerlo de vuelta y media a Alejandro si me dijese algo...

—(Paseándose.) Nada lo corregirá ni nadie, ni tú...

—(Se sienta.) Quién sabe, en una lucha continua... Pero como estoy, no puedo luchar...

—Solamente lo corregirá la fuerza que concluye con todos los defectos y a la vez con todos los méritos.

—¡A pesar de todo, iría, y no sé cómo no voy a defenderla!...

—Ella prefiere que no la defiendas...

—Por no verme exaltada y con angustia...

—Y porque lo ama con una resignación que me parece un miserable heroísmo.

—¿Qué, Marcelo?...

—Además, la trataría peor. (Después de un momento.) Cuando ella no exista... algún día muy lejano... lo transformarán los remordimientos.

—¡No sé cómo se te ocurre que ella muera antes que él!...

—¡Yo creo en los remordimientos como inevitables enviados de lo desconocido!... A Alejandro tendrá que remorderle su conducta, y como eso no se produce en vida de ella...

—(Interrumpiéndole.) Discurres de un modo

que me hace daño... ¡Para ella debe haber un tiempo de sosiego en la vida!...

—Compara esas dos existencias unidas por el amor para desgracia de Susana... El: nunca enfermo; siempre aplicando su ciencia al cuidado de su salud... Ella: padeciendo todavía de las consecuencias del sobreparto intoxicado por los disgustos... El: dominador en su hogar; siempre dándole libre vuelo a su bárbaro temperamento conyugal, y, contento de sí mismo, dechado de perfecciones, airoso por el mundo... Ella: siempre sometida, con la voluntad quebrantada para todo...

—¡No prosigas!... Tu lógica, rara y fría, me pone fuera de mí...

—Rara, no; fría, tampoco; verdadera y dolorosa...

—Sí; por eso, no prosigas...

—Pero, si lo aborrezco en su hogar, en el mundo no, porque es un hombre de ideales, y que no antepone a ellos sus conveniencias económicas. (Dando más luz a la lámpara.) Casa con lámpara de kerosén, casa sin luz!... ¡No me puedo olvidar del lúgubre suceso!... ¿No te parece que le he dado demasiada luz a la lámpara?...

—Me parece que es mucha luz para el estado de nuestro ánimo...

—(Le da menos luz a la lámpara, y se acerca al piano.) Las notas de este piano han expresado muchas veces la emoción del alma de Carlota...

—Sí, allá en la quinta, que también pasó para nosotros, y algunas veces aquí...

—¿Sabes mamá, que estuve enamorado de ella?...

—Lo sé.

—Ella amaba a Francisco.

—Los dos se amaban.

—Y en la ausencia se olvidaron... Pero él se había alejado de Buenos Aires en busca de fortuna, a impulsos de su amor...

—Francisco partió también por otra causa. Esa noche, Antonio...

—¿Qué noche?...

—Esa noche, inolvidable para mí, de tántas cosas en casa!... Antonio, ya mal de la cabeza le dijo a Carlota que se iba a trabajar en el campo. Ella se lo refirió a Francisco... ¿No te acuerdas de todo esto?...

—Sí. Nadie te habló entonces de la escena entre Antonio y Susana en el comedor, ni de Antonio errante por la quinta...

—La idea de Antonio le sugirió a Francisco el propósito de irse él al campo; y lo concibió, elaboró y realizó en pocos días, con éxito...

—Siempre alguno lleva a cabo el proyecto de otro que no lo ejecutó...

—Por una relación misteriosa entre los actos y los pensamientos de las personas. La muerte de Carlota pidiendo socorro no tiene nada que ver con aquella vez que lo pidió por la aparición de

Antonio en la soledad de la quinta... ¡Y algo tiene que ver!... ¿Por qué recuerdo ahora, como un anuncio de su fin trágico, su grito de aquella noche?...

—Por el suceso de anoche.

—Cuando Carlota me contó que su espanto había sido porque Antonio andaba con la razón perdida, me habló de un miedo que sentía de ser asesinada.

—¡Quién hubiera sospechado ese presentimiento en su alegría habitual!...

Quedan ambos en silencio.

Se oye el rodar de un carruaje sobre el empedrado de la calle, y que se detiene al acercarse.

—Ha parado un coche a la puerta — observa Marcelo, atendiendo. En seguida exclama, con aparente espíritu de jarana:

—¡Esto no es un acontecimiento!...

—No te entiendo...

—Porque es un gran acontecimiento.

—¿Quién vendrá, si viene acasa?... ¡Qué zozobra!...

—¿Pero, por qué, mamá?...

—(Suspirando.) ¡Qué quieres!... Estoy así!

Marcelo mira por la ventana:

—¡Es Francisco!

—¡Corre a recibirlo!

Marcelo sale rápidamente.

Amelia se ha levantado y camina a recibir a Francisco, que aparece con sobretodo puesto y sacándose el sombrero. Detrás de él, Marcelo, que se hace a un lado y, después de un momento, se acomoda en un sillón. Francisco se detiene al ver a Amelia, y la mira sonriéndole cariñosamente.

AMELIA. — ¡Francisco!... ¡Al fin!...

FRANCISCO. — Es la primera vez que bajo a Buenos Aires.

AMELIA. — ¡Me lo imagino!...

FRANCISCO. — El tren ha llegado a las cuatro y cincuenta. (Saca de un bolsillo del sobretodo un reloj de bolsillo, con cadena, y mira la hora.) Sólo he demorado una hora y media en ir de la estación al hotel y venir...

—¡Pero has venido, Francisco!... — exclama Amelia.

FRANCISCO. — Directamente.

AMELIA. — ¿No me das un beso?.... ¿un abrazo?... (Se abrazan. Amelia lo besa en las mejillas. Francisco a ella también.) ¡Hijo mío!... (Con lágrimas en los ojos.)

FRANCISCO, después de un instante y con impaciencia. — ¡Bueno, mamá!...

AMELIA, apartándose de Francisco y sonriéndole amorosamente. — El viaje te ha puesto nervioso...

FRANCISCO. — No. (Se saca el sobretodo. Marcelo se lo toma, y el sombrero, y los lleva al ves-

tíbulo.) No quiero encontrarte triste. ¡Alegría, mamá, alegría! . . .

AMELIA. — ¡Lloraba de la alegría de verte!...

Francisco se pasea observando el conjunto. Amelia se sienta. Vuelve Marcelo, y se sienta donde estaba.

FRANCISCO. — No se está mal aquí . . .

MARCELO. — ¿Aquí o en toda la casa? . . .

FRANCISCO. — ¡Qué pregunta tonta! . . . ¡Lo digo por la sala y por el calorífero. ¡No da olor!... También por el frente . . . Lo mejor que tiene es la hiedra de la verja.

AMELIA. — Estás más grueso.

MARCELO. — Mucho más grueso.

FRANCISCO, riendo. — ¡Del jardín, no digo nada! . . . (Después de un momento.) Si no fuera por el olor del calorífero, se estaría bastante bien aquí. Esto es muy lejos, y en un barrio de gente muy pobre.

MARCELO, levantándose. — ¡Such is life! . . . ¡Así es la vida! . . .

FRANCISCO. — No necesito la traducción. Entiendo el inglés tan bien como tú.

AMELIA, a Francisco, cariñosamente. — Yo también lo entiendo, y no digo nada . . . como tú del jardín.

MARCELO, a Amelia. — No tendría gracia que tú, hija de ingleses, hicieras la fina observación de Francisco. (A Francisco.) Más lejos que esta casa queda la estancia de donde vienes.

FRANCISCO. — Pero, como tú lo has dicho, es una estancia...

AMELIA. — ¡Qué Francisco!... ¡De cuántas cosas tenemos que conversar!...

FRANCISCO. — Hoy no, mamá; otro día. (Mirando las flores que trajo Susana.) Estas flores ¿serán de la mansión que habitas?...

AMELIA. — ¿Creerás que en el año y meses que la ocupo no me he detenido a mirar qué flores da el jardincito?...

MARCELO. — Las que da el pasto que lo cubre... (A Francisco.) ¿Por qué no lo aprovechas para tus vacas?

FRANCISCO. — No son mías. Se alimentan con alfalfa.

AMELIA. — Algún día lo haremos sacar...

FRANCISCO, a Marcelo. — Si fueras más amigo del trabajo físico, que te sentaría, podrías sacarlo tú mismo.

MARCELO. — No estoy dispuesto a destruir una obra tuya.

FRANCISCO. — ¿Qué quieres decirme?...

MARCELO. — Que has olvidado que tú creaste, con Julián, esta situación de casa que no es una mansión y de jardín que es un matorral.

AMELIA. — Francisco... Marcelo... Respeta, Marcelo, la memoria de Julián, y acoge como yo el regreso de Francisco!

MARCELO. — No expreso nada contra Julián

ni Francisco. Hablo de los resultados, no de las intenciones.

FRANCISCO. — ¡Explícate claramente!...

MARCELO. — Tú y él indujeron a mamá a que se hipotecase la casa-quinta, y emplearon el capital en utopías...

FRANCISCO. — Entre las utopías figuraba tu instrucción...

AMELIA, a Marcelo. — La pérdida de la quinta es un asunto enterrado. (A ambos.) Les suplico que no sigan... (Se levanta.)

FRANCISCO, a Amelia. — Es Marcelo... Yo estoy de buen humor...

MARCELO. — Yo también estoy de buen humor y participo del contento de mamá con tu visita.

Amelia se sienta en otra silla.

AMELIA, a Francisco. — Hoy han venido Susana, Micaela y tú. (Francisco se sienta enfrente a Amelia.) Susana me trajo esas flores... lirios y fresias.

FRANCISCO. — Ya he visto... Me molestan las fresias... ¡Apestan!... Afortunadamente éstas son pocas. Y no me gustan los lirios. Son flores tristes.

—Todas las flores son tristes, y cuanto más bellas más tristes — observa Amelia.

FRANCISCO. — Hay flores alegres. Acuérdate de la dalia...

AMELIA, con la idea sobre las flores de Susana. — Han de ser del jardín de su casa...

FRANCISCO. — ¿No se lo preguntaste?...

AMELIA. — No se lo pregunté porque no comprendo cómo puede florecer un jardn donde no reina la felicidad...

FRANCISCO. — Un jardín de flores fúnebres... Pero es cuestión de plata y jardinero... (Levantándose y en un impulso de efusión.) ¡Bueno, Marcelo!... ¡te perdono!... ¿Cómo te va de negocios?...

MARCELO, amablemente. — Como a ti de periodismo...

FRANCISCO. — ¿Y tu gran amigo Fontana?...

MARCELO. — Ha recibido una gran herencia del padre...

FRANCISCO. — Ya lo sé.

MARCELO. — Hace tiempo que no nos vemos. Desde entonces.

FRANCISCO. — ¡Dejó de ser tu gran amigo!... ¡Es natural!... ¡Si no fueras un pobre diablo!... (Silba suavemente un motivo musical.) Pero, ¿no es él un poeta?...

MARCELO. — No te equivocas mucho en tu ironía. Los poetas no son mejores que la humanidad.

FRANCISCO. — A ti también te daba por la poesía...

MARCELO, con un gesto incomprensible. — ¡Eh!... (Y se pone a silbar.)

FRANCISCO, incomodado. — ¡No silbes!...

MARCELO, deja de silbar y sonríe. — Primero disminuyó la frecuencia de sus visitas... por el noviazgo de Susana...

FRANCISCO, fastidiado. — ¿A qué sales con eso ahora?... ¡Eso es más viejo que freir papas!...

MARCELO. — Pero no tanto como el diluvio; y no nos sorprendemos de hablar del arca de Noé.

AMELIA. — La amistad muere tan pronto como los lirios, cuando no tiene el alma de Micaela.

MARCELO, a Amelia. — Pero cuando es verdadera como los lirios, es como la hiedra de la verja y como la amistad de Micaela, que nunca mueren...

FRANCISCO, a Marcelo. — Pero Micaela, dada su edad, no ha de tardar en morir... Me gustaría verte menos inspirado y más hombre!...

MARCELO. — ¿Qué es ser más hombre?...

FRANCISCO. — No pensar en lirios.... (A Amelia, apoyado con el pecho en el respaldo de una silla.) Estoy por ir a verla en estos días...

AMELIA. — ¿A quién?...

FRANCISCO. — A Micaela.

AMELIA. — No dejes de ir.

Francisco le da a entender a Amelia que no dejará de ir. Marcelo se retira.

—Después de una ausencia tán larga, te quedarás algún tiempo... — conjetura Amelia.

—Una semana, más o menos... Me volveré en cuanto termine mis diligencias. (Se pone a caminar, mirando los objetos.)

—Me parece que estás como queriendo irte. Ha de ser porque no has despachado el coche...

—Tendré que irme dentro de un rato.

—¡Ah!... No trataré de impedir que te diviertas...

—Mañana volveré...

—Vente a almorzar...

—(Viendo el retrato de Julián.) Julián...

——Sí, Julián... (Un instante de silencio pensativo de ambos.)

—(Separándose bruscamente del retrato.) Me he acostumbrado a almorzar solo.

—Como quieras....

—No te he dicho que no...

—Me había parecido...

—Hay en la estancia unos empleados que comen con unos modales y unos ruidos de orquesta de cerdos!... Varias veces he tenido que contenerme de echarlos de la mesa. Desde que soy el administrador, dispongo de un comedor para mí solo.

—¿Eres ahora el administrador?

—(Apoyándose otra vez en el respaldo de la silla.) Hace cinco meses.

—¡Y no fuiste capaz de escribírmelo!... ¡de darme entonces esa alegría!...

—Pensaba venir de un día a otro...

—Siempre has de haber estado por venir de un día a otro, porque, desde que partiste, sólo me has escrito tres cartas. (Con sonrisa cariñosa.) Podría citarte la fecha y hasta la hora de su llegada, como tú la del tren, con el reloj en la mano...

—Me cuesta un triunfo sentarme a escribir una carta...

—(Como hablando consigo misma.) Queridas felicitaciones de año nuevo!... (Mirándole.) —Eres así!... (Después de un instante.) Las guardo junto a tus telegramas preguntándoles por mi salud, ya a Susana, ya a Marcelo, cuando tuve la hemiplejia.

—(Caminando y deteniéndose.) Ahora tendré que escribirle una carta de pésame a Pedro Murot... por Carlota... Yo no sé si tú sabes...

—Sí... ¿Cómo lo supiste tú?...

—Por los diarios de la tarde, en el tren... Y no le escribiré!... ¿Qué escribirle?... ¡Pobre Carlota!... Le daré el pésame cuando regrese de Europa... si no demora, porque anda, por Neuchatel, de amoríos con una robusta suiza...

—¡Si supieras!... ¡Me siento tán feliz con tu visita, hijo mío, y tán triste por tántas cosas!... ¡que necesito que me hablen de algo profundo!...

—Eso es amar la tristeza. Yo la detesto. Por eso he estado afuera sin volver.

—Por no volver a casa. Pero tú no la conocías...

—No era por la casa...

—Sino por mí. . .

—Por los recuerdos. . .

—Los recuerdos me persiguen como sombras dolorosas que rechazo y atraigo y acaricio. . .

—Cada uno con sus recuerdos. . .

—Los tuyos y los míos son sobre los mismos hechos, si son los que te apartan del rincón de la familia y olvidas en la ausencia.

—Se adormecen solamente, y no me fastidian... ¡Estos antiguos muebles los despiertan de golpe! ¡Mándalos con su color tétrico a un remate de cachivaches! . . .

—No, Francisco. Tienen para mí el valor del tiempo que me acompañan y de todo lo que me dicen.

—(Después de un momento de estar pensativo.) Supongo que no te habrá dado por hablar en soliloquio. . .

—Pronto has encontrado un motivo para tratar de sustraer mi pensamiento de esas sombras, que se hunden en lo desconocido. . .

—¡Qué sombras ni qué sombras! . . .

—Piensa en la muerte de Julián, en la desgracia de Susana, en la locura de Antonio. . . y hasta en el fin de Carlota. . .

—¿Cómo sigue Antonio? . . . Yo le escribí al director del hospicio una vez, y me contestó sin esperanzas. . .

—A mí me las ha dado cuando he ido. Y Marcelo vino hoy con buenas noticias. . .

—He de haberle escrito antes que tú empezaras a ir. Después, algún inesperado proceso de la enfermedad habrá inducido a los médicos a cambiar de dictamen. . .

—¡Marcelo no me ha dicho la verdad! . . . ¡Si yo pudiera saber! . . . ¡Si pudiera leer en los ojos de Antonio qué fin le depara su enfermedad! . . .

—(Se sienta.) ¿Cuando vas. . . te conoce? . . .

—Reconoce mi voz; pero a mí no me reconoce. Unas veces me dice que soy otra persona que habla con mi voz, y otras veces me dice que yo le hablo desde otra persona. . .

—(Se ríe.) ¡Qué disparate! . . . (Serio.) ¡Es curioso! . . .

—¿Te ríes, Francisco? . . .

—¿Me he reído? . . . ¡No! . . . ¡El asunto no es como para reírse! . . .

—¡No es como para reírse! (Llora.) ¡No es como para reírse!

—¡Bueno, mamá! . . . ¡No llores! . . .

—(Se enjuga las lágrimas y deja de llorar.) El doctor Cabanel me ha prohibido que vaya. . . Me hace mucho daño ver a Antonio así; ¡pero cómo dejar de ir! . . . Y voy; pero no frecuentemente. Y esto también me apena. . .

—(Se levanta.) ¡Piensa en otra cosa! . . . ¡Hablemos de otra cosa! . . . ¡Hablemos del moro Muza! . . . ¡Mira, yo me voy! . . . ¡Ah, antes que me olvide! . . . (Saca la cartera, y un sobre de la cartera.) Esto es para ti.

—(Toma el sobre y ve que contiene dinero.) ¡Gracias, Francisco!... No te desprendas de nada por mí. Con lo que me ha quedado y lo que gana Marcelo, tenemos bastante para vivir...

—(Disgustado.) ¡Debes aceptarlo, mamá!...

—(Se levanta.) ¿Por qué si no me hace falta?... Sabiendo que ya puedes ayudarme, cuando necesite tu ayuda, hijo mío, te la pediré sin vacilar... (Le devuelve el sobre. Francisco resuelve recibirlo, y lo guarda en un bolsillo de la falda del saco.) No te resientas, Francisco...

—¡Bueno, no me resentiré!... (Se pasea.) Tío Lariviere es el consignatario de la estancia...

—(Se sienta.) ¿Ah, sí?...

—Sí. ¿Qué es de la vida de tía Isabel?...

—Hace mucho tiempo que no viene. Desde que se casó Susana.

—¡Hu, hu!... Consiguió evitar que tío Lariviere continuase soñando en casarse con Susana... (Se sienta al piano.) Voy a ver cómo suena... (Lo abre y modula algunas frases melodiosas y enérgicas.) ¡Está bastante desafinado!

—¿Tocas siempre?...

—Tengo un piano en la estancia. Pero nada de música clásica!... No toco ahora nada más que música alegre.

—Lo que acabas de tocar no era alegre... (Francisco cierra el piano.) ¿No vas a seguir?...

—No. (Pensativo.) Ya me tengo que ir. (Son-

riendo.) Y después de las latas que te dará Marcelo...

—Hace lo que puede... Improvisa expresiones de su intimidad taciturna.

—(Se pone de pie.) Bueno... (Se va al vestíbulo y, después de un momento, vuelve con el sobretodo y el sombrero.) Ya sabes que mañana vendré a almorzar contigo. (Se pone el sobretodo.) Dile a Marcelo "hasta mañana" de mi parte.

—Te espero, Francisco... (Se levanta para acompañarlo hasta la puerta.)

—(Después de unos pasos rápidos, sin darle tiempo a Amelia de acompañarlo, le dice, con sonrisa cariñosa y el corazón en la voz:) Hasta mañana, mamá!... (Desaparece.)

Amelia se acerca a la ventana, con prontitud y, alzando uno de los visillos, saluda a Francisco, a quien ve partir. Continúa mirando hacia afuera. Se oye el rodar del coche que se aleja. Amelia suspira hondamente.

Entra Marcelo:

—¿Se ha ido Francisco?...

—Sí... Alcánzame el éter...

Amelia, sintiéndose caer, se sostiene contra la ventana. Marcelo acude con sobresalto, y la ayuda a sentarse en el sillón que está allí, junto a la ventana. Trae el éter de la mesita en que se en-

cuentra. Amelia lo aspira con fatiga. Y le dice a Marcelo:

—¡No te aflijas demasiado! . . . (Disminuye su fatiga.) ¡Qué feliz me siento con la visita de Francisco! . . . ¡Y estoy más mal que otras veces! . . .

Marcelo corre hacia la ventana del vestíbulo y llama a Dolores con voz de angustia disimulada. En seguida vuelve al lado de Amelia.

Entra Dolores.

MARCELO, a Dolores. — Hable por teléfono con lo del doctor Cabanel! . . .

DOLORES, presa de confusión. — ¿Desde dónde? . . .

MARCELO. — ¡Qué venga inmediatamente!... ¡Háblele desde cualquier parte! . . .

AMELIA. — Que venga Susana . . .

MARCELO, a Dolores. — ¿Ha oído? . . .

DOLORES. — Sí.

AMELIA. — Y Francisco . . . ¿Pero, dónde pára? . . . ¡No se lo pregunté! . . .

MARCELO. — Pero, mamá, por Dios, ¿crees que te vas a morir? . . .

Marcelo, junto a Amelia, le hace una indicación a Dolores para que salga en seguida, Dolores se da vuelta para irse, y él se acerca a ella de pronto, y le dice aparte:

—¡Traiga el primer médico que encuentre! . . .

Dolores desaparece.

Marcelo recoge una pantalla de un mueble, y le echa viento a Amelia. Amelia rechaza, después de un instante, el viento de la pantalla. Marcelo exclama de pronto:

—¡Nos hemos olvidado de los sinapismos, que te hacen tánto bien, mamá!...

—¿No serán ilusiones, Marcelo?... (Respira con menos fatiga.) Me parece que reacciono...

—Voy a traerlos...

—Bueno...

Marcelo sale por la puerta que da a las habitaciones. Amelia aspira de nuevo el éter.

Marcelo, desde adentro, con voz temblorosa:

—¿Dónde están, mamá?... ¡Porque no están en su sitio!...

Marcelo aparece con un vaso de agua:

—¿Dónde están?...

—Han de estar en el cajón de mi mesita de luz — le contesta Amelia.

Marcelo le toma el frasquito del éter, y echa un chorro en el vaso. Le ofrece el agua con éter:

—Esto te hará bien...

Amelia bebe un poco:

—Sí... Pero, traémelos... Dame el éter...

Marcelo le da el frasquito; pone el vaso sobre una mesita, y se va pronto.

—¡Apúrate, Marcelo!... — le grita Amelia con voz que se apaga.

Marcelo, desde adentro:

—¡Voy, mamá!... (Con desesperación.) ¡No están!... ¡no están!...

Amelia, muribunda:

—No... busques... más... Ven...

Se le cae el frasquito, y muere.

Marcelo, desde adentro, con voz de alegría, acercándose:

—¡Aquí están!... ¡Los encontré!... ¡Voy!...

Historia de la vida inédita de
"Y SOPLARON OTROS VIENTOS..."

(Páginas de un libro en preparación)

La Verdad seductora va delante de mis pasos. Me llama con la voz de su belleza, y yo la sigo, aunque sé que se encamina a la región de la tristeza donde mora su hermana que la espera, la Soledad.

Kurkara.

La historia de la vida inédita de esta obra abarca mucho tiempo y presenta reveses más duros que la anterior: * más interesantes acaso, si lo son, para los que gustan conocer torturas de escritores.

El efecto, en mi espíritu, del último, contando hasta ahora, ** y fué en junio de 1926, aparece

---

* *"El cielo rojo"*, cuento dramático. Sobre esta obra me escribieron (en 1902): Mariano G. Bosch: ..."Esqueleto descarnado de un drama que *podría ser*.... La primera impresión que me produjo su lectura fué de vacío. Nada!"... Emilio B. Godoy: "Su drama es corto; pero grande. Es un cuadro trágico de la vida. Es lo más trágico que se puede imaginar. No cabe dentro del marco que usted le ha dado: se desborda: invade la mente y el corazón del lector; lo envuelve y lo hace parte, casi actor de la situación creada por usted." N. del A.

** Octubre de 1926. N. del A.

en el párrafo que sigue, y es transcripción de una carta que escribí a raíz de tal desastre de mis nuevas ilusiones, y no mandé porque era... sin destinatario. Ilusiones a mi edad!... y literarias!... Pero ¿de cuál edad huyen las ilusiones, como las golondrinas de los primeros fríos? Ellas, como sean, no son como las golondrinas, y aman todas las estaciones del hombre; no lo abandonan en el otoño.

"Quiero publicar en seguida esta obra, para salir de la desesperación que me agita por lo que acaba de sucederme con ella. Supongo que publicándola, y diga lo que diga la crítica de los periódicos, o no diga nada, terminará mi actual estado de ánimo. Escrito un libro, no se vive tranquilo hasta olvidarlo o algo así como no recordarlo, ya dándolo al público que, por lo general, lo mira indiferente si no tiene noticia de él por alguna aclamación o censura ruidosas de los diarios de gran circulación, ya guardándolo hasta alguna rara oportunidad editorial. Si ha sido guardado y duerme allí, en un estante o en un cajón, durante meses o años, puede surgir algún acontecimiento que lo saque del olvido y produzca en el alma de su autor un bienestar o un tormento."

Todo el mundo exclama con razón: ¿Cuándo no somos chicos?

Pero, en verdad, la gente sueña con alguna gloria, y unos se sienten gloriosos porque ganan mu-

cho dinero y otros porque se dedican a crear poesías, con lo que no ganan nada.

Hoy me hace sonreír tan niñeril aflicción por el tumbo de un mero trabajo intelectual. No sonreiría si hubiera sido por la caída al suelo de un esplendoroso cometa remontando hasta las nubes; pero estaría muerto de risa si hubiese sido por el derrumbe inexplicable de alguno de mis palacios de la Avenida de Mayo.

Y acaso los poseyese en realidad si el angustioso deseo literario que me consume desde la infancia y me hace feliz cuando lo olvido, no hubiera impedido en mí el nacimiento de aspiraciones puramente utilitarias.

En el año 1903 compuse los dos primeros actos de un drama, *Hogar sombrío*. Con el seudónimo de G. Stockovsky, los incluí, separadamente, en dos números de mi revista *Cada Mes*, continuación efímera de mi otra revista *La Quincena*, que sostuve más de diez años, la mejor de su época * en Buenos Aires. Publicado el primer acto, elaboré el segundo; pero a la publicación de éste no siguió el tercero.

Por aquel entonces, y desde el año 1896, en que, joven imberbe, golpeó a la puerta de *La Quin-*

---

* *La Biblioteca*, dirigida por Paul Groussac, y sostenida por el gobierno, y la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, de Estanislao Zeballos, tan buenas o superiores, como se quiera, pertenecen a una época siguiente. N. del A.

cena y lo recibí con los brazos abiertos, el luego celebrado autor del drama *Con las alas rotas*, Emilio Berisso y yo éramos cada vez más amigos. Conservo todas sus cartas. En una, de julio de 1905, me decía: "¿Y *Hogar Sombrío?* Me parece que con este drama vas a hacer lo que Boito con la ópera *Nerón*. Hasta ahora la estamos esperando, y hace doce años que la anunció. Pero no, tú no serías capaz de hacer esto." En otra, pocos días después, con su entusiasmo característico: "He vuelto a leer con Zulema * los dos actos de *Hogar Sombrío* y vuelvo a confirmar mi juicio anterior: son la obra de un talento original; más aún, esta vez me han impresionado más profundamente; y creo que, para cualquiera, una segunda lectura de tu drama es casi necesaria. En cuanto a mí, me han arrancado lágrimas y me han sacudido violentamente el alma. Ibsen no escribe mejor; y no blasfemo. Yo te felicito nuevamente por este trabajo, el mejor que haya salido de tu pluma. Es de esperar que los tres actos que faltan se mantendrán a la altura de los dos primeros." Residía en su estancia, *Mbaracayá*, en Gualeguay. Se había propuesto traducirlo al italiano, idioma del que era devoto, como de D'Annunzio. En otra carta, de agosto del mismo año, me reflexionaba: "Como los hermanos de *Hogar sombrío* son casi todos los hermanos;

* La señora Zulema Castilla de Berisso, su esposa. — N. del A.

camorristas y pendencieros..." Todas las manifestaciones de su ser expansivo y cálido conmigo, me estimulaban a terminar esta obra, proyectada en cinco actos. Pero yo sentía mi voluntad debilitada por los disgustos que sufriera con la otra, y por un juicio de Mariano G. Bosch, a quien ya he citado, en mi relato sobre aquélla. Su talento aparecía también con un criterio opuesto a mi nueva producción. Me había él escrito, en setiembre de 1904, desde su mesa de aplaudido autor dramático: "Debía yo contestar si creía que Vd. podía continuar hasta concluirlo su drama *Hogar sombrío*. Pues bien, no! Con la lealtad que me caracteriza le digo que allí no hay nada, pudiendo haber, lo cual prueba que Vd. es un buen pensador, buen escritor, buen literato, buen filósofo; pero pésimo dramaturgo."

Y resolví darlo por terminado con una breve humorada. Bajo el título de *Hogares sombríos,* y llamándolo comedia, lo agregué en las últimas hojas de un libro de pensamientos míos, *Palabras que no son parolas,* editado en 1911. Mi objeto fué aumentar su exiguo volumen, y no tener que acordarme más de *Hogar sombrío* u *Hogares sombríos,* drama o comedia, o lo que fuese, como una obra inconclusa que debiera proseguir y finalizar formalmente.

Emilio Berisso me escribió en seguida: "Encuentro muy mal que hayas publicado trunco *Hogar sombrío,* cuyo título leo ahora pluralizado.

Los dos actos del drama despiertan un grande interés en el lector, el cual se considera *estafado* al ver que no termina, y su actitud es muy distinta de la que tú le supones en el final de la nota que forma el acto tercero, falsa tangente por la que intentas escaparte. Los fragmentos literarios deben ser recogidos por un extraño, nunca por el autor de ellos. Te hago este duro reproche porque así lo siento, y para que sacudas la pereza y concluyas el drama. Nunca te perdonaré que no termines *Hogares sombríos.*"

Esta réplica tán contundente a la nota de *aplauso general de los lectores por la buena ocurrencia del autor* de no concluir esa obra, me alentó a no dejarla en ese estado; y volví a ella; pero no inmediatamente, por falta de tiempo y también por cierta indecisión entre dos planes, uno de *Hogar sombrío,* y el otro, más amplio, de *Hogares sombríos,* por el que opté en definitiva. Algunos años después de esa carta, en una ocasión propicia, compuse el resto, en tres meses de labor incesante, día a día, de sol a sol, durante una primavera, ya sólo pensando, ya pensando y escribiendo con un lápiz y borrando con una goma, datos curiosos...

¿Soy de tán poca fe en mi propia disposición, que me detuviese por un juicio contrario y continuara por la insistencia de uno favorable? No; sin embargo, las opinones de los otros influyen en mi voluntad; aunque no siempre de manera

conforme a ellas. La voluntad humana no es única como la de Dios. No existe el libre albedrío entre los hombres, ni en la soledad de uno solo, pues aun así forma parte de la sociedad.

Y, a propósito: estos relatos y toda esta historía de esa obra y de mis obras y de mi vida tendrían alguna importancia si se tratase de obras famosas y de un escritor célebre. No tienen, pues, ninguna importancia. Lo sé tan bien como el lector, quien, además, lo sabía antes de abrir este libro. De modo que, si está perdiendo su tiempo leyéndolo, no tengo la culpa, y le queda el recurso de arrojarlo por la ventana.

Hube de publicar en 1916 *Hogares sombríos,* como drama, y con el título de *Y soplaron otros vientos,* en alguno de los tomos de una edición completa de mis obras, proyectada en 1915. Me habían cansado los otros títulos. Aparecido el primer volumen, *El 10 de enero,* colección de cuentos, escritos entre los años 1892 y 1903, tuve que abandonar tal empresa, aunque me seducía realizarla. Era más difícil económicamente de lo que supuse; de andar en busca de suscriptores, trabajo penoso y de éxito lento; y me convino aceptar unas cátedras en la Escuela Naval Militar, y eran de tarea absorbente, en virtud de su excesivo número de horas semanales en conjunto, y de la distancia del establecimiento, a más de dos horas y

media de mi domicilio, en tranvía, trenes y en lancha a nafta hasta una isla de Río Santiago.

Siendo ya Emilio Berisso un hombre de autoridad en la compañía de teatro que daba con tánto aplauso *Con las alas rotas,* le leí, en una visita que me hizo, el drama concluído; y por el cual nada me había preguntado desde su figuración como dramaturgo con el estreno de *La amarra invisible,* anterior a *Con las alas rotas.* Yo esperaba calladamente un ofrecimiento espontáneo de mi admirador literario y amigo; pero no tuve el gusto de oírlo de sus labios, que me expresaron la opinión que no era un drama sino una *preciosa novela.*

La palabra novela arrojó un rayo de luz sobre mi concepto de esta obra. Sí, yo había querido escribir un drama que fuese una novela y una novela que fuera un drama, es decir, una novela dramática, y, como no se representaba ninguna obra de más de tres actos, y somos animales de costumbre, hasta en el arte, la había dividido en ese número de jornadas, con dos de los actuales capítulos en cada una. Era una novela dialogada, y, por esto y por la muerte de cuatro de sus personajes, era una novela dramática. Pero yo aspiraba a que subiese a escena, y continué llamándola drama; aunque también comedia, algunas veces, para saber, por alguna posible protesta, si emocionaba como un drama; y lo que me importaba era que interesase como un sugestivo estudio de caracteres.

En esa visita, Emilio Berisso me anunció una segunda edición de sus poesías *A la vera de mi senda.*

—Sin tu prólogo esta vez — me dijo, con explicaciones que no recuerdo.

O lo había publicado a disgusto en la primera edición o ya mi firma no tenía valor para él. Me lo había pedido cuando perdiera la esperanza de que se lo escribiese Leopoldo Lugones, del que era amigo y a quien consideraba un genio.*

Al citado proemio, el último que daré a libro ajeno, y es el primero, debo ese desagrado, y otro: que la familia de Emilio Berisso me supusiera culpable de una edición clandestina de *A la vera de mi senda,* en folleto popular, bajo otro nombre, el de *La herida que sangra,* y con mi prólogo, difundida a poco de él suicidarse.

Un día se me ocurrió que, leída mi obra en alguna conferencia, en el *Círculo de la Prensa,* podría suceder que, ocupándose de la lectura los diarios y, por lo tanto, de ella misma, cual lo harían seguramente, por lo menos como noticia, más de una dirección teatral se interesara por conocerla y me llamase con ese fin y el de representarla en caso de gustarle. Invocando mi título de fundador

---

* Si es genial la obra literaria de cualidades superiores que no emociona y que aburre, es así, con alguna excepción, la de Lugones. — N. del A.

de ese centro, pues fuí vocal de su primera comisión directiva, cuando se estableciera como *Círculo de Cronistas* en la librería hoy de Crespillo, en la calle Bolívar, me dirigí por escrito a su presidente, que lo era D. Luis Mitre, a quien no conocía, y accedió inmediatamente a mi pedido, el 20 de febrero de 1918, poniendo a mi disposición, para el 4 de marzo, uno de los salones. Creo que abrigué la esperanza de que el motivo de mi solicitud sugeriría ofrecerme los auspicios de esa institución, y, habiendo sido vana, me alegré de no haber pedido demasiado.

Aquí interrumpo este relato para intercalar otro, relativo a la fundación de ese club.

A principios de 1891 trabajé en el diario vespertino más popular, y de mayor influencia, no sólo sobre el pueblo sino también sobre el gobierno, en esa época de menos población que ahora, en Buenos Aires, pero de más gente culta: en *El Diario*, de Manuel Láinez, su propietario afortunado e ingenioso director.

Creo recordar que se me suponía uno de esos jóvenes, desocupados y más o menos felices económicamente, que se daban al diarismo por mera afición, sin interés alguno utilitario, o sin otro interés que el muy vivo de aprovechar los privilegios que ofrece, entre los cuales: conversaciones con las artistas en sus camarines, para probar des-

pués, siendo lindas y posible, el néctar de su amor; entrevistas con los hombres públicos encumbrados, para conquistar su poder a favor de sus ambiciones...; y que, en el contraste de tal suposición y la cruda realidad, sonreía dentro de mí como cuando, a través de las alternativas de la existencia, me he sentido sospechado de continuar en la despreciable pobreza estando ya rico.

Que no era un joven feliz económicamente, lo sabéis vosotros, lujosos libros de historia, que vendí, uno tras otro, con sus hermosas páginas de autores notables, al librero portugés Soutomayor, de la calle Esmeralda, y vosotros, magníficos candelabros de plata, que pignoré, y perdí también para siempre, sagrados recuerdos de familia, libros y candelabros, de los que me separé riéndome con angustia imperecedera!... Lector: No me desprecies por mis pobrezas, pues no son actuales.

El secretario, Emilio Lazcano, me indicaba los asuntos y la forma de tratarlos, sin oponerse a mis inspiraciones. Cuando aceptaba mis iniciativas, mis fracasos eran menos y mis triunfos eran más, y hasta obtenía sus plácemes.

A los dos meses fuí sorprendido por un sueldo, y de cuarenta pesos, caramba!, que consideré grato anuncio de un haber en aumento; luego, a los tres o cuatro días, por una llamada del director, a cuya oficina acudí con un poco de miedo porque nunca me había dirigido alguna palabra sino sólo algún saludo desde la mañana en que accedió a mi

ingreso. Además, acababa de verle en cólera con un colaborador importante, pariente y amigo suyo, abogado e historiador...

Me encomendó amablemente una diligencia, y a cumplirla partí en seguida, pensando contento que empezaba así un trabajo más cercano a las necesidades de un diario de noticias y comentarios: el de repórter: la información de hechos, hombres y cosas, con el juicio al caso. Sin sucesos y su noticia, como sin tormentas y sus relámpagos: ausencia del trueno del comentario o del comentario del trueno. Cuando el trueno surca el espacio en diversos tonos, comenta.

Pero ese contento fué también un descontento, porque el encargo, de cuya continencia no me acuerdo, me pareció demasiado simple, como para un mandadero, en el sentido vulgar de esta voz, no en el anticuado. Y, en castigo de mis pretensiones de embajador, aconteció que regresé sin haber podido cumplirlo. Entonces la alta figura de Láinez se puso el sombrero, y salimos juntos al Congreso, distante pocas cuadras, pues se levantaba, no donde en la actualidad, más suntuosa, sino en la calle Victoria, por Balcarce, y la casa de *El Diario* en la calle Bolívar, a la vuelta de Victoria. El secretario, D. Benigno Ocampo, le proporcionó incontinenti el dato que, no sé por qué, no me dió a mí, acaso porque no me conocía y dudase que fuera de su parte; quizá porque no procedí con desenvoltura.

Láinez no me dijo nada.

A pocos días de su silencio, generoso o sin motivo de reproche, no volví a *El Diario*, y me alejé de la prensa hasta después de muchos años.

La profesión de repórter requiere, sin duda, el carácter que pinta el padre de Mirabeau diciendo: "Mi hijo es tan insinuante como intratable, y engañará a los grandes a su albedrío porque posee lo que Gregorio el Magno llamaba el terrible don de la familiaridad."

Miro en la lejanía del tiempo transcurrido la sala de redacción de ese diario de mis primeras armas, abatidas: en el centro, una mesa larga y ancha, como para un banquete de veinte cubiertos, y, junto a las paredes, varias mesas menores. Sobre una de éstas, discurre, con gruesa mano, pero ágil estilo, la pluma del redactor principal, quien alza a veces su rostro moreno y sus grandes ojos, pensando. Es Antonio Bachini, luego presidente de la República Oriental del Uruguay. En otra está, aunque no siempre, el doctor Carlos M. Urien, más tarde colaborador de mi revista *La Quincena*, pequeña república de las letras, donde cada colaborador exponía libremente sus ideas, y así Luis B. Tamini atacaba a Roca, y hacía que éste dejara de ser uno de sus ilustres sostenedores, como antiguo suscritor, y también Mitre; y así Ernesto Quesada defendía a Rosas; y D. Antonio Lanusse, persona de valía comercial y social, seguía, sin saberlo, el ejemplo de Mitre y Roca, porque su

progenitor fué víctima de las persecuciones de Rosas. En otra mesa, vuelca, sobre las carillas, su bolsa de noticias, José Ramón Villanueva. A la cabecera de la mesa ancha y larga, revisa originales el secretario, a través de sus lentes, si no me engaño evocándolo con esa clase aristocrática de antiparras, y arroja unos al canasto, y envía otros a la imprenta, como aparecen, o después de modificarlos. A los lados, escriben Clímaco Dos Reis y Bernardo A. Berro, quien, pasando de una cuartilla a la otra con la rapidez de una máquina, asienta uno o varios artículos juiciosos; y trabajan también otros redactores cuyas fisonomías y nombres ha borrado de mi memoria el pálido pincel del olvido; y se halla, indecisa entre quedarse allí o volar con rumbo a lo desconocido, mi inconstante y, en consecuencia, inútil juventud.

En ese año, el 2 de febrero, un puñado de periodistas, en menor número que los 33 orientales, fundamos el *Círculo de Cronistas* (hoy *Círculo de la Prensa*) sin peligro de la vida en tal empresa, pero, sin embargo, gloriosamente hasta donde es gloriosa una obra de esta índole. Y establecimos las reuniones de la comisión directiva en la librería de Juan A. Llambías, por consentimiento entusiasta de su dueño, también periodista, como propietario y director de *El Estanciero,* publicación mensual de informaciones ganaderas y agrícolas, menos fuerte que su rápida muerte. Fué Llambías uno de los miembros de la comisión fun-

dadora, a la que pertenecieron José Ramón Villanueva, Miguel I. Méndez y Pedro A. Colombo, todos éstos, infanzones de tenaz y meritoria actuación en la prensa metropolitana, de quienes salió la iniciativa en una conversación en los corredores de la Casa Rosada tratando de allegar recursos para el entierro de un colega fallecido en la indigencia.

Y ahora retorno al relato interrumpido.

Preparé más de cien invitaciones, y las distribuí por correo entre los miembros de la comisión directiva del *Círculo de la Prensa,* los directores y varios redactores de los diarios y revistas más extendidos, una actriz y cinco actores, veintinueve escritores, dos del sexo femenino; nueve comediógrafos, algunos directores artísticos de los teatros, y profesores, colegas míos. Guardo anotados los nombres de todos mis conocidos y desconocidos invitados a tán sonada lectura. Los vi a todos entrar con una puntualidad asombrosa, a las cinco de la tarde, hora señalada, animados por la curiosidad intelectual de los hombres superiores, y sentarse en los cómodos sillones del salón iluminado; me vi a mí mismo saludando a su numerosa concurrencia altruista. Antes de que sucediera vi lo que no sucedió. A las cinco y media y un pico subí al estrado, y, después de unas palabras, ya de agradecimiento al público y al presidente

del círculo, ya sobre la obra, empecé la lectura, con quince oyentes, que me parecieron disgustados de haber pasado a estar en una sala vacía y a oír a un autor que, por lo tanto, no valía la pena de que asistiesen.

Había llevado escrito un proemio oral, breve como una estrofa, que conservo como una hoja marchita, inspiradora de lejanas remembranzas, y del cual reproduzco:

"He querido hacer una comedia seria, en un desarrollo natural, y estilo sencillo, de las relaciones entre los personajes, que he concebido como temperamentos. Creo que se desenvuelve fuera de la lucha vulgar entre la bondad y la perversidad; y que debe todos sus defectos a ser completamente original del autor, en lo que puede serlo una obra imitada de la compleja naturaleza."

Supe que uno de los asistentes era el Dr. Alfredo Colmo; otro, D. Alfredo A. Bianchi, director de *Nosotros;* otro, D. José A. Ojeda, cronista teatral de *La Nación*. Se había mantenido solo, hasta aquel instante, en una sala contigua, y se retiró durante el primer acto. El director de *Nosotros* (revista de título presuntuoso, egoísta y hostil) se fué después del segundo. El Dr. Colmo, publicista de ilustración general, la encontró demasiado sombría para su temperamento. Le pregunté si la consideraba representable, y me contestó que sí; pero que carecía del interés de una tesis o del amor. Esto y todo lo apunté en cuanto volví a casa.

¿Abatido? Naturalmente, aùnque contento del brazo de mi esposa y junto a mis hijas.

Don Mauricio King, otro concurrente, profesor de inglés en la Escuela Naval Militar, versado en literatura de su país, Inglaterra, ingenio humorista, me dijo, en rueda, al despedirse:

—Su obra es muy interesante, desde el principio hasta el fin; pero yo me pregunto: ¿Qué discute? Porque nada me ha sugerido; ninguna idea. No me ha pasado lo mismo *Con las alas rotas*. Después de verla pensé en escribir una tragedia en que la mujer descubre que su marido no ha llegado virgen al matrimonio.

Otro, Osvaldo Saavedra, ya viejito y por eso, ya no capaz, como antes, de una larga atención, exclamó, al levantarse de su asiento, en un intervalo:

—Esta obra representa un gran esfuerzo. Hay que atenderla bien. Me tengo que ir. Usted, Guillermo, me la mandará para que yo la lea detenidamente.

Y el tiempo transcurrió sin que se la enviase. Era un escritor de observación sutil y amarga, en un estilo fluido. Murió el 8 de agosto de 1926, a los ochenta y tres años. Pocos meses antes, habiéndole hablado por teléfono de una escritura del Banco Hipotecario Nacional, del que era uno de los escribanos, me invitó a almorzar en su casa para tratar de sobremesa el asunto; fuí, y conversamos también de literatura, y de sus artículos no

colecionados aún. Elogié el estilo de sus libros misceláneos, y le pregunté si lo realizaba con facilidad. Entonces me contó, sonriendo, que, a propósito de no me acuerdo cuál, un colega suyo, otro escribano, lo felicitó diciéndole que su estilo era tan fácil que se conocía que escribía al correr de la pluma entre los expedientes.

—Y me cuesta tiempo y trabajo.

Muchos faltaron, en silencio, indiferentes o descorteses, a mi lectura; pero varios me dieron el gusto de corresponder a mi invitación excusándose, en telegrama o carta, de no poder o no haber podido asistir: Carlos Baires, Ernesto Mario Barreda, Luis Berisso, Ramón J. Cárcano, Juan Pablo Echagüe, Osvaldo Magnasco, Carlos F. Melo, Rómulo S. Naón y Estanislao Zeballos, a quienes conocía personalmente, con alto aprecio de mi parte, y Victoria Malharro, Manuel Gálvez hijo, Ricardo Hicken, José Ingenieros, Enrique Larreta, Gustavo Martínez Zuviría, Alberto Novión, Clemente Onelli, Horacio Quiroga y Belisario Roldán.

¡Qué pena que hayan caído ya a la eternidad de la tierra Belisario Roldán, Clemente Onelli, José Ingenieros, Estanislto Zeballos, Osvaldo Magnasco, Carlos Baires, mentes brillantes!

La carta que recibí de D. Enrique Larreta, *

---

* Reputado novelista de *La gloria de D. Ramiro*. — N. del A.

desde *Azelain,* su estancia del Tandil, explicándome su ausencia por estar "trabajando" en ese "lejano refugio", habiendo "cortado adrede todo lazo con los colegas de las letras", y su silencio por ser "el silencio de la soledad", y terminándola con un espontáneo "Tendré gran placer en conocer a Vd. cuando regrese a Buenos Aires", me animó a escribirle de nuevo para pedirle su opinión sobre mi obra, que le ofrecía remitirle, e invoqué, en defensa de mi atrevimiento, la amistad y el parentesco cercano de antecesores nuestros, entre sí, medio siglo atrás, y digo ahora, tan respetables los suyos como los míos. Nada me contestó entonces; y quedé con sentimiento de haberle escrito, sobre todo citándole antecedentes que, mencionados por mí, resultó que no le interesaban, en este mundo de tántos errores y vanidades.

Ningún diario anunció mi lectura; acaso porque procedí de acuerdo con mi pensamiento de que, para la gentileza de anunciarla, debía bastar el recibo de mi invitación, enviada a catorce diarios. Ninguno dijo nada tampoco después. Sólo *Ultima Hora* se refirió a tán importante suceso en una sátira apropiada, llena de benignidad, de cuyos términos da idea la descripción de la figura que la adornaba: un autor, de cara más estúpida que la mía, sentado en una butaca, junto a dos enormes volúmenes, parados sobre el suelo, conteniendo el *Acto II* y el *Acto III,* respectivamente, a juzgar por sus leyendas, y con otro igual en las ma-

nos, esperando adentro, inútilmente, afligido, la llegada del público que, afuera, en vez de entrar, disparaba por un aviso que decía, debajo de una calavera: *Peligro. Hoy se leerá un drama.*

Supe que a D. Julio F. Escobar, redactor de ese diario vespertino, y festejado autor de comedias, a quien no conozco, debí tán graciosa distinción, y le escribí agradeciéndosela.

La prensa tiene una noble misión que cumplir, como la de reírse para hacer reír. ¿Qué sería el mundo sin la risa? Una estrella sin brillo; una luna sin sol.

Luego de esa lectura y de un cambio de cartas sobre cuestiones estéticas, volvió Emilio Berisso a visitarme, y me habló de un nuevo drama que componía, *Los cimientos de la dicha,* con un papel para Camila Quiroga, la creadora de la protagonista de *Con las alas rotas.* Entonces le dije:

—Preséntame a la Quiroga.

Me contestó que sí; pero, al rato, consideró que sería bueno que primero leyese mi obra a D. Edmundo Guibourg, director artístico de la compañía de la actriz, y que para eso haría que nos entrevistásemos en su casa. Me comunicó que él le había hecho dar ese puesto. Y llegó la noche de la nueva lectura, en su petit-hotel de Belgrano, y fué inmediatamente después de la cena, ante el aburrimiento visible suyo, de su familia y de Guibourg. Tuve ganas de irme sin terminarla. Cuan-

do me despedí de él, a la puerta de calle, hasta donde me había acompañado, me dijo:

—Ya no puedo presentarte a la Quiroga. ¿Para qué? Guibourg es todo. Yo mismo estoy dependiendo de su juicio hasta en la composición de mi nuevo drama.

Yo no le había repetido que me presentara. Y concluyó:

—Adivino con tristeza que no escribirás más para el teatro.

Mucho daño a mi amistad hicieron esas compasivas palabras, cuyo profecía se ha cumplido en beneficio de la estética y la ética de nuestro teatro, tán artístico y tán moral. Y desde esa noche no me acordé más de Emilio Berisso, durante cerca de cinco años, hasta cuando leí, consternado, la noticia de su muerte. ¡Pobre Emilio! ¡Qué fin tán prematuro y trágico el suyo! ¿Y por qué tal fin? No lo sé.

Actuaba en el teatro Victoria una excelente compañía española de dramas y comedias. Su empresario y director: Manuel Díaz de la Haza. Fuí a pedirle a este actor su opinión sobre mi obra y a ofrecérsela. Me recibió y trató con fineza. Aceptó lo primero y, por los motivos que repitiera en su carta, que copio, fechada el 9 de abril de 1918, rechazó lo segundo.

"Según me había comprometido con Vd. para leer su obra en el espacio de ocho o diez días, así

he cumplido. Ya me he dado el placer de leerla y conocerla, y me complazco en manifestarle que estoy en un todo conforme con la opinión del Sr. Dr. Alfredo Colmo. Conforme también con Vd. en cuanto a la bondad del tercer acto, que resulta de un ambiente muy real y muy vivido, como asimismo el final del drama, que es intensamente dramático y de mucho efecto escénico, si bien doloroso para el espectador. Esta es mi modesta opinión respecto de su valiente obra, y no veo ningún inconveniente para que las compañías que ahora actúan en Buenos Aires no la pongan en escena, ya que la mía no puede hacerlo por tener la temporada cubierta con otras ya aceptadas con anterioridad a la de Vd."

Aludía a un párrafo de una carta en la cual me repetía el Dr. Colmo, a pedido mío, su impresión. El párrafo:

"Su *comedia,* que para mí dista de ser tal (o es un drama o es un conjunto de escenas dramáticas) está escrita en lenguaje llano y accesible, acaso porque responde a una circunstancia adecuada, cual es la naturalidad de sus escenas, que parecen traducir lo flúido de la vida y de los humanos incidentes. De ahí lo bueno de su omisión de los espejismos literarios, de las tiradas oratorias, de los efectismos teatrales, etc. Y de ahí lo espontáneo y viviente de sus personajes y de las entradas y salidas de los mismos."

Resolví ofrecerle solo la obra a Camila Quiro-

ga, por si fuese atenta y amiga de conocer ella misma, y le escribí, citándole esos juicios. Nada me contestó.

Era el Ateneo Hispano-Americano sitio de veladas literarias: conferencias o lecturas de obras, por sus autores, de todo lo cual solían ocuparse los diarios. Presidía a esa institución el Dr. José León Suárez, hombre de acción prominente, por los ideales de confraternidad entre España y los países hispano-americanos. Le conozco y estimo hace muchos años. Fué un constante suscritor de mi revista *La Quincena,* en la que colaboraba su padre político, el cervantista Dr. Jorge Damianovich. Solicité sus auspicios; los obtuve, y el 23 de mayo de ese año, de tán grandes sucesos, fué, pues, a las 9 p. m., o a las 21 horas, como se dice ahora, la lectura de *Hogares sombríos,* no ya como comedia, acatando al Dr. Colmo, sino como drama, y tampoco en tres actos sino en cinco. Asistieron cuatro o cinco miembros de esa corporación, entre ellos, al final, su presidente; también dos familias amigas, invitadas a mi pedido. Así acompañaron a la mía y me honraron con su presencia, además de esos señores, la señora Petrona de la Torre de Gil y sus hijas, y, con sus hijas y un joven, que me felicitó con entusiasmo, la señora Mercedes Durán de Naón, viuda de mi noble amigo el malogrado poeta Pedro J. Naón. Me presentó y recomendó al auditorio el secretario, don Juan Do-

menech, espíritu serio y delicado, a quien recuerdo agradecido, y se tomara la tarea, días antes y después, de remitir a los diarios noticias, que ninguno publicó en forma alguna. Pero *Ultima Hora* anunció esa velada con otro suelto tanto o más satírico que aquél referente a mi lectura en el *Círculo de la Prensa*. Y lo redactó, sin duda, el inagotable ingenio de D. Julio F. Escobar. Transcribo el primer párrafo como muestra de la burla feliz de los siete restantes:

"Si los grandes genios de la literatura no hubieran desafiado estoicamente la indiferencia de las gentes, no beberíamos hoy en los pozos de sabiduría, que se llaman Hugo, Zola, Shakespeare, y Stock, etc."

Un recuerdo muy doloroso está asociado al de esa lectura. Pocas horas después de esa noche, fué asesinado en Coronel Suárez, a cuchillada y tiro de enemigo político, mi hermano Oscar.

Un día me dije:

—Lecturas..., pamplinas! Cartas..., cosas sin eficacia! Hay que ir; hay que ver y ser visto; hay que hablar.

Y fuí una tarde a hablar con Angelina Pagano. Hubiese sido mejor llevarle una presentación; pero, ¿de quién? Llegué al escenario. Me guió un hombre del teatro, el cual se adelantó y se acercó a ella con mi recado de que venía a ofrecerle un drama. Ella estaba lejos, con otros, que supuse au-

tores. Se dió vuelta, me miró y siguió conversando. Al rato vino a atenderme su esposo, el actor Ducasse, quien me explicó que el programa de la empresa consistía en la representación exclusiva de piezas traducidas del italiano.

Guardé la obra, no sin algún alivio: que la verdadera fisonomía de la protagonista no fuese alterada por el llanto tán monótono de la Quiroga, y su dicción sonora, por la voz tán rústica de la Pagano.

Años después apareció en los diarios de Buenos Aires el anuncio de un concurso de novelas que, por Orden del 2 de abril de 1923, del rey de España, se efectuaría en Madrid, al que podrían concurrir autores de todos los países hispano-americanos. Entonces desperté a la dormida, de su largo sueño. La revisé, la corregí, la modifiqué; la puse en manuscrito más claro, y la mandé.

Nada supe del resultado oportunamente, y me dirigí a nuestro embajador. Naturalmente, nada me respondió porque, además de no tener yo ninguna relación con él, no se trataba de algo de su deber diplomático.

Recurrí a un grande de España, al eminente político Antonio Maura; y él me contestó. Transcribo su contestación, que refleja su enojo con el gobierno de Primo de Rivera:

"Recibí su atenta carta y siento no poder darle,

ausente como estoy de Madrid, noticias del concurso literario a que sus líneas aluden.

Como, según Vd. indica, el original de su obra lo recibió el Sr. Miró, y éste, aparte de literato ilustre, es, según creo, funcionario de la Dirección de Bellas Artes, deduzco que el concurso tiene carácter oficial, y si así es, ningún informe podré facilitar a Vd., pues no tengo relación alguno con la actual situación gobernante."

Me dirigí entonces a D. Gabriel Miró. Su respuesta:

"Su novela *Hogares sombríos* fué aceptada por esta Secretaría y leída por el Jurado de Literatura. El premio de este Concurso se repartió entre las obras tituladas *En la vida del Sr. Alegre, La santa duquesa* y *Dolor de juventud*."

Este resultado no me hirió. Se me dijo: — Otros ganaron. — No se me dijo: — No vale nada.

Dos años después, en junio de 1926, y sobre otro concurso, al que había llevado *Hogares sombríos,* con el título de *Y soplaron otros vientos,* luego de una nueva corrección, recibí las siguientes líneas:

"Cumplo en comunicarle que el jurado designado para estudiar los trabajos presentados al concurso de *Novela,* resolvió declararlo desierto."

Las bases para los diversos concursos anuales, de la sociedad a que me refiero, establecen "que sólo debe premiarse trabajos de méritos positivos

y declararse desierto el concurso en el grupo correspondiente cuando no llenen esa condición." Es decir que *Y soplaron otros vientos* carecía de méritos para el jurado literario de la *Institución Mitre*. Este golpe fué el más cruel de todos. Quedé anonadado y enfermo durante varios días.

Protesté ante el presidente de la misma, que lo era el señor Octavio S. Pico, quien me contestó: "Me explico perfectamente que Vd. se encuentra mortificado por no haber obtenido la recompensa a que se consideraba acreedor. Esto es humano."

Aunque no le conozco, le veo riéndose. En otras frases aparece enojado. Reírse y enojarse son los dos principales y sucesivos estados de la existencia.

Cuando, a fines de abril, esa benemérita asociación cultural nombró los miembros de aquel jurado, les escribí pidiéndoles disculpas por la trasparencia molesta de los ejemplares e indicándoles cómo disminuir esa incomodidad. Eran los señores Manuel Gálvez hijo, Carlos Ibarguren, Benito Lynch, Luis Mitre y Ricardo Rojas. Abrigo por todos ellos la consideración que impone su nombradía, y conozco personalmente a Ricardo Rojas.

Un juicio tán desfavorable de una comisión tán importante es de un aspecto tremendo. Y a mí se me había puesto que ese jurado me iba a dar suerte!

Si alguien me preguntara: — Es Vd. optimista o pesimista? — Yo le contestaría: — Soy optimista cuando emprendo; pesimista después.

Pero en medio de aquella confianza, precursora de tal desastre de mis nuevas ilusiones, sentía a veces algún temor, y era respecto a Manuel Gálvez, por mi recuerdo de la impresión que me produjo una carta suya destinada, sin duda, a serme grata, en la que me explicaba la ausencia y el silencio con que respondiese a mi invitación a mi lectura en el *Círculo de la Prensa.* Transcribo lo de tán inexplicable efecto en mí:

"Pero créame, señor Stock, que no hay en mi silencio ni vanidad ni orgullo. Me considero, — y esta es la opinión general sobre mí, — un hombre sencillo y modesto."

Otro recuerdo influyó también a ese vago temor. Un día, E. Lantés, en su carácter de editor de mi libro *Un ponderado jefe de la Armada y su doble personalidad,* le solicitó por correo la residencia del célebre crítico danés Georg Brandes, de quien aquél había recibido y publicado una carta sobre una de sus novelas; y no fué atendido de ninguna manera. En su carta, Brandes hablaba de la maldad humana, y yo quería mandarle ese libro, que es una historia verídica de muchas maldades humanas. Me pareció que Gálvez había sido indirectamente descortés conmigo; y la estimación es un pensamiento de actos corteses.

En tán infundados o demasiado sutilmente fun-

dados recelos, mi enfado por el desdén de la *Institución Mitre* a mi obra tuvo un estallido contra la sordera de ese novelista y jurado, como si el genio no pudiera existir en un cerebro sin oído. El caso de Beethoven demuestra lo contrario.

Tres cosas me consolaron en esa caída de la nada a una nada más honda. Primera: que Benito Lynch y Ricardo Rojas no intervinieron, porque no se requirió su opinión; segunda: que con el premio del concurso de novela se aumentó a dos el igual de escultura, para premiar no sólo a un escultor sino también a otro, y así a dos escultores; tercera: que quizá no se hubiera estudiado mi obra en la dificultad que oponía lo borroso de su letra por la trasparencia del papel a cuyo uso me vi obligado para poder sacar cuatro copias a máquina y llevar cinco ejemplares, de los cuales sólo he recuperado tres.

Yo siempre le pedía datos por teléfono al Sr. Copello, secretario del Sr. Pico. Cuando entregué la obra, quedó en informarme del resultado del concurso inmediatamente.

—¿No hay ninguna novedad?

—Ninguna.

Otro día:

—¿No hay ninguna novedad todavía? — inquiriendo como cuando por los reyes magos de enero, o por el payaso en el circo.

Una tarde exclamé:

—Pero ya faltan muy pocos días para la distribución de los premios!

—En esta semana, a más tardar, deberá expedirse la comisión.

Y hacía ya como un mes que el consejo ejecutivo había aprobado la proposición del jurado, el 26 de mayo! Lo supe por la carta ya mencionada, de su presidente, del 30 de junio.

En ella, además, me advierte que la comisión "se ha expedido, en dictamen fundado, por mayoría de tres de sus miembros, por no haber concurrido los otros dos, no obstante reiteradas citaciones."

Pero el 24 de junio, también al mes de mi fusilamiento, ignorado por mí, yo había hablado por teléfono con Ricardo Rojas, y él me había respondido:

—Sí, he leído la noticia de que las diversas comisiones han terminado su labor. Me extraña no haber sido llamado a ninguna reunión de la comisión de literatura.

Y Benito Lynch, a quien, cuando a los demás jurados, le mandé la carta ya dicha, que, por mala dirección, le llegó retardada, me había escrito el 21 de mayo:

"Hoy recién he tenido el gusto de recibir su atenta de fecha de abril último, y, enterado de su contenido, debo manifestarle que posiblemente padece Vd. un error al suponerme miembro de ese ju-

rado literario. Puedo asegurarle que ni antes ni después de la fecha de su carta, ha llegado hasta mí otra noticia al respecto que esa que indirectamente Vd. me comunica."

Sin encontrarla he buscado una concordancia de esas comunicaciones telefónica y postal, de Ricardo Rojas y Benito Lynch respectivamente, con la advertencia del Sr. Octavio S. Pico, de que la comisión se había expedido en "mayoría de tres de sus miembros por no haber concurrido los otros dos no obstante reiteradas citaciones."

Atendiendo una solicitud mía, el señor Pico dispuso la devolución de mis originales; y, cuando para retirarlos, estuve con el señor Copello, encargado de cumplir la orden, me manifestó que esos tres miembros opinaron simplemente que mi obra no encuadraba en el concurso de novela. Tales datos, acaso ciertos, me conformaron un poco.

¿Y por qué no encuadraba?... ¿Por ser toda dialogada? No tengo a mano ningún libro de literatura preceptiva; pero sí el *Dicionario Enciclopédico Hispano-Americano,* "redactado por distinguidos profesores y publicistas de España y América", y éste dice: "Existen entre la novela y el drama grandes puntos de contacto, particularmente en su forma, sujetándose también su acción casi a las mismas leyes, en cuanto corresponde a las partes de que consta y a los caracteres de los personajes. Muévese, no obstante, la novela más des-

embarazadamente, por gozar de mayor amplitud y libertad, en lo que atañe al número y extensión de los episodios que pueden introducirse sin romper la unidad de acción."

Y dice el mismo artículo: "Siendo la novela la relación de hechos, su forma natural y propia es la narración . . . Esto no excluye que haya también novelas dialogadas, aun cuando su número es muy escaso."

Por todo lo que he referido, quise opiniones de otros intelectuales. Pensando a quiénes recurrir con la esperanza de una respuesta afirmativa a mi solicitud de lectura de la obra y juicio consecutivo, expresado, sin pérdida de tiempo para los opinantes, en pocas líneas no más, y al correr de la pluma, surgieron en mi recuerdo varias personalidades, de las cuales a algunas me liga una vieja amistad, con o sin conocimiento personal, y a todas mi consideración afectuosa. Y fuí atendido, sin excepción alguna, en este y el otro lado del Río de la Plata, no habiendo ido más lejos, en mis demandas, por mi estado de impaciencia para esperar el extenso y tardío ir y volver del correo que va a Europa. Incluyo todas las opiniones. Las he recibido entre julio y setiembre de 1926. Empiezo por la que vino primero y sigo en el orden alfabético de los nombres. Una falta, y lo siento, aunque fuese desfavorable. La del autor de la eminente historia de Rivadavia publicada por *La Na-*

ción en el centenario de la presidencia de este héroe. Cuando le escribí a Mariano de Vedia y Mitre, en el mismo sentido que a todos, ya se embarcaba en un trasatlántico: pero me contestó: "Si a mi regreso puedo satisfacer su deseo de leer sus originales con el objeto de precederlos con un prólogo, lo haré con gusto." *

Gracias a ellas estoy contento. Y así estoy contento, gracias también al desaire de la *Institución Mitre;* porque sin él no se me hubiera ocurrido solicitarlas.

"He leído su novela dramática — me dice Mariano Antonio Barrenechea, autor de varios libros notables de estudio de hombres célebres y sus obras, y de filosofía social — y que mi "interesante obra" ganaría en interés escrita en forma narrativa, porque "la pintura de caracteres por medio de diálogos reclama imperiosamente, según su sentir, el complemento de la acción dramática", pues no concibe el diálogo, como género literario, más que en el intercambio, exposición o controversia de ideas filosóficas o de pensamientos abstractos. Y concluye: que esas apreciaciones se refieren "sólo a la forma", porque los caracteres, la acción y el mérito literario de mi trabajo "lo habían satisfecho por completo."

* Luego, a su vuelta, no le mandé los originales porque ya estaba este libro listo para la imprenta. — N. del A.

Baltasar Brum ha sido presidente de la República Oriental del Uruguay en una época en que en ese adelantado país no se alcanza tal magistratura sin una mentalidad sobresaliente. Sus conferencias sobre solidaridad americana y mundial lo presentan hombre de ideas. Y eso significa, además, poder juzgar. Sin embargo, me escribe: "No soy literato ni, tampoco, crítico", para suavizar que me dice, sobre mi trabajo, que "su mezcla de obra escénica y de novela, lo perjudica, porque ambas aparecen debilitadas". Pero opina que "*Y soplaron otros vientos* tiene, sin duda alguna, positivos valores artísticos y documentarios, ya que refleja cuadros dolorosos de la vida."

Gregorio Fingermann sucedió a Juan Pablo Echagüe en la alta crítica teatral de *La Nación*, y, luego de varios años de esa labor, en la que puso su estudioso talento, se ha dedicado a la psicología, más atraído por esta ciencia, que es también una crítica, y más amplia y comprensiva de aquélla, puesto que es una crítica general del espíritu, y, en suma, una crítica de todos los actos del hombre. En sus producciones se destaca como un psicólogo y estético de fino análisis e ideas claras, en bella sencillez de forma.

El me escribe:

"Quiero ante todo agradecerle por el placer que me ha proporcionado dándome la oportunidad de

leer su novela dialogada *Y soplaron otros vientos*. Pocas veces he experimentado una emoción tán honda. Ha pintado Vd., con ejemplar maestría, verdaderos retratos psicológicos. Sus personajes viven, se mueven, aman y sufren, no como personajes de novela, sino como viven, aman y sufren los seres humanos en la vida real.

"He gustado, leyendo las páginas de su obra, un sabor algo raro y exótico. Están henchidas de ese dolor vago, impreciso, que producen las grandes desesperanzas y las tragedias que se adivinan y presienten. Hay, además, en toda la novela, algo así como un soplo de fatalidad. Pero no es, ciertamente, un fatalismo musulmán, lo que flota en sus páginas. Los personajes pintados por Vd. se mueven, accionan y piensan del modo que lo hacen porque no pueden hacerlo de manera distinta. Son como son. Su estructura orgánica y psicológica condiciona cada uno de sus actos y dicta sus pensamientos. Quiero con esto decir que su conducta es psicológica, fisiológica y orgánicamente determinada por causas profundas. Acaso la herencia juega con ello un gran papel, aunque Vd. sólo lo sugiere; pero eso sí, de un modo admirable, como conviene en una obra de arte.

"En realidad lo que Vd. ha hecho es un drama, mejor dicho varios dramas en uno solo porque cada uno de sus personajes vive un drama distinto, que es su propia vida. He dicho drama, sin embargo podría hablarse también de tragedia. Es-

tá el drama de la madre, están los dramas de los hijos y están los dramas de los amigos. La madre vive en el pasado de sus recuerdos y en el dolor presente que le produce el fracaso de cada uno de sus hijos. Los hijos tienen sus dolores propios que les roen el corazón en silencio y que a veces estallan en estériles rebeldías por lo fugaces. Enfermos de la voluntad, caracteres rotos, discurren y piensan bien, se analizan, se escudriñan, se asoman al abismo de su alma, pero les falta la energía para arrancarse el puñal que llevan clavado en el corazón, y así siguen hasta el final.

"Yo no sé por qué, pero al leer *Y soplaron otros vientos* me vino el recuerdo de los dramas de Ibsen. Nada directo, ni nada concreto podría señalar en su obra para justificar esa asociación de ideas. Y si Vd. ha sufrido la influencia del gran dramaturgo nórdico, eso no significa restarle méritos a su obra. Al contrario. Si asocié el recuerdo de Ibsen ha sido por esa pintura de sus personajes, tán interesantemente complicados, en apariencia contradictorios, que se sienten roídos por misteriosas enfermedades ancestrales.

"Se ve que Vd. ha penetrado hondamente en el alma de sus personajes. Ha buscado las causas próximas y lejanas de su conducta. Ha estudiado el medio, la herencia, la educación de cada uno de ellos, y el fruto ha sido una hermosa obra de arte que se lee con interés creciente y con emoción profunda. Nada diré del estilo, tán claro, tán preciso,

tán sobrio, y, por lo mismo, tán elegante. Vayan para Vd. mis más sinceras felicitaciones y crea en los fervientes votos que hago por el éxito de una obra de tánto mérito artístico como *Y soplaron otros vientos.*"

Carlos Martínez Vigil me escribe, desde Montevideo, que "dentro de un plan armónico y sencillo" he "concebido y realizado con *Y soplaron otros vientos* . . . una obra moralmente sana y literariamente bella." Y continúa:

"Exenta de complicaciones y de rebuscamientos, la acción marcha en ella rápidamente a su fin, manteniendo vivo el interés del lector, interés que no decae un solo instante.

"Ese interés no lo obtiene Vd. apelando al socorrido recurso de las situaciones complicadas, sino mediante la naturalidad de las descripciones, la veracidad de los cuadros, la firmeza y constancia de los caracteres, la animación de los diálogos y la vida que ha sabido imprimir a los principales personajes del libro, que se presentan ante nuestros ojos como viejos conocidos.

"La protagonista, Amelia, es todo un carácter, un admirable carácter. La adversidad pudo arrancarle frases de desaliento. Yo quisiera morirme ahora mismo! — exclama en cierta ocasión. — Mi vida es una confusión de sucesos, pasados y presentes, que me aniquilan . . . — No tiene otra debilidad que su cariño materno, el cual la lleva a

no encontrar diferencias ni hacer preferencias entre sus hijos. Y esa debilidad enaltece y realza su noble figura de matrona digna y austera en la buena como en la adversa suerte.

"Micaela, la buena Micaela, simboliza la lealtad y la consecuencia en la amistad; Susana representa el amor femenil, que perdona y disculpa los defectos y rarezas del sér elegido para compañero; en el doctor Alejandro Gramont, como en muchos otros de su clase, se advierte el dominio de la ciencia y una incivil hosquedad en el trato, y el pobre y desgraciado Antonio, el desconsiderado Julián y el desamorado Francisco, son fruto lógico y natural del elejamiento en que vivieron del hogar paterno, en una atmósfera poco propicia al cultivo de las virtudes familiares.

"Esta circunstancia juega un papel importantísimo en el libro, y explicaría por sí sola la desarticulación de la familia Andersen, si el relajamiento de los valores morales y la debilitación del viejo hogar de nuestros padres, junto con otras mil causas anarquizadoras de la sociedad contemporánea, no fueran bastantes a explicar la situación que Vd. describe, en que se concilian y armonizan los eternos postulados de lo bueno, lo verdadero y lo bello."

Y concluye:

"Dejo a la crítica la dilucidación de si su nueva producción literaria, que ha conservado Vd. inédita durante mucho tiempo siguiendo el sabio

consejo de Horacio, constituye o no una narración ordenada y completa de sucesos ficticios, dirigida a deleitar por medio de la belleza. Si novela es narración, cuesta un poco concebir que lo sea una obra dialogada, en que el autor lo dice todo por intermedio de sus personajes. De cualquier manera, sea ella novela o drama, es menester convenir en que es una obra interesantísima, escrita en un estilo nítido y claro."

Pero por la fuerza del destino, no por mi voluntad, he cumplido con ella el precepto del poeta de Venusia.

Carlos Martínez Vigil pertenece al brillante asterisco de los escritores que redactaron la *Revista Nacional* de Montevideo, entre ellos Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, José Enrique Rodó, y, desaparecida aquélla, que floreció de 1895 a 1897, animaron las páginas de *El Orden,* fundado y dirigido por él, no el único diario a cuya utilidad pública aportase un trabajo de pensador, pues luego fué director y redactor en jefe de *La Tribuna Popular,* hasta el término de veinte años de vida periodística. Se ha distinguido también como poeta, literato, penalista, gramático y sociólogo. Su estilo erudito es de una sencillez armoniosa como su bondad, a la que debo, además de la lectura y crítica de esta obra, haber dedicado, con su firma, en aquel diario, un artículo a mi libro *Un ponderado jefe de la Armada y su doble personalidad* y a su asunto.

La opinión siguiente es de Gustavo Martínez Zuviría, famoso con el seudónimo de Hugo Wast, cuyo estilo y personalidad sin énfasis vano poseen el don de la simpatía confiada, y de quien dice el poeta Arturo Capdevila: "es sin duda un gran novelista".

"Me hace Vd. el honor de atribuir a mi opinión en materia literaria más importancia de la que evidentemente pueda tener. No soy crítico y en tratándose de novelas soy juez recusable.

"He leído con mucho interés su novela dramática *Y soplaron otros vientos*... y he lamentado durante la lectura que Vd. le haya dado esa forma dialogada, que suprime el paisaje, tán importante como elemento novelesco.

"El argumento, no siempre muy claro, es intenso, los personajes están muy bien delineados, y el diálogo es vivo, a veces palpitante. Podrán los críticos acusarlo de tales o cuales pecados, pero, a mi ver, nunca podrán enrostrarle el más grave de todos, que es la falta de originalidad. Su estilo nunca es chavacano, descolorido o vulgar. Siempre circula en sus venas sutilísimas una corriente cálida de vida propia."

Alberto Nin Frías opina que es un trabajo de forma "muy original", que "traza un cuadro asaz sombrío del nativo carácter, abúlico y fatalista" en que he "sugerido harto y desarrollado poco el

tema", de modo que "parece pintura modernista o fotodrama, en el cual el lector tiene que imaginar lo que queda por decir", y que, "si es obra de teatro, naturalmente que en viéndola representada debe producir un efecto que no puede alcanzar su simple lectura."

El malogrado crítico Juan Mas y Pi escribió, a propósito del primer libro de este laborioso y elevado escritor uruguayo que, desde el año 1900, brilla en el mundo de la literatura: "Hasta la fecha el verdadero hombre de letras, el pensador que sigue una ruta fija y hace de la experiencia de su vida una fuente de saber e inspiración, no había sido visto en el Río de la Plata."

Manuel María Oliver ha demostrado ser un periodista alerta, preparado y ágil, de talento múltiple, así para la novela como para el cuento y el artículo. Cuando cuida la forma, sus observaciones rápidas descubren una mente hecha también para análisis extensos y elaborar conclusiones hondas de larga meditación.

Ha leído mi "novela dramática" *Y soplaron otros vientos* cuyos "diálogos obligan a una fatigosa atención que no es favorable para el lector"; pero su "estilo es elegante, conciso, pulido y atrayente." He "burilado la figura central, o sea la de la madre, con mano maestra y con toques de emoción psíquica." Mi "novela resulta interesante, y valdría más podándola de detalles y derivacio-

nes que no agregan nada a su alrededor" y "personajes como José, Gramont y Susana convendría acabarlos escultóricamente para mayor intensidad de la acción."

Víctor Pérez Petit es un literato uruguayo de justo renombre, no sólo como crítico y ensayista, sino también como novelador, dramaturgo, cuentista y poeta. Es un poeta épico, en odas y sonetos de enlazada majestad, y un autor de cuentos, dramas y novelas, realista y emocionante, siempre inspirado en todo por un ideal de belleza y de bien para la sociedad.

Juzgándolo como crítico, dice otro reputado escritor uruguayo, Eduardo Ferreira, en distintos párrafos de un boceto: que la crítica literaria en ese país "es obra suya, exclusivamente suya", que, "dando al desprecio todas las preocupaciones que pudieran hacerle titubear en su propósito" de censurar lo malo y aplaudir lo bueno, "la inició y la llevó a cabo con un gran valor moral e intelectual", en "artículos rápidos" o "en páginas originales y severas, cuyo estilo, elegante y correcto, y cuya erudición, de primera mano, revelan, a simple vista, al escritor de talento, al hombre que tiene formada una elevadísima idea del arte."

Me contestó:

"Ahí va, bien o mal, al correr de la pluma, pero con sinceridad, mi opinión sobre su novela *Y soplaron otros vientos.*

"Novela dramática, intitula usted su obra, y ya, desde este primer paso, advertimos que Vd. no procura halagar los gustos del público — los gustos fáciles y vulgares, se entiende, — sino hacer verdadera obra de arte, arreglando *la forma* de su creación al *pensamiento* que lo inspira. Lo vulgar y corriente es que un novelista adopte la forma narrativa impersonal, que es la que le agrada a la generalidad de los lectores porque les escamotea el *yo* del narrador, y que es también la que más fácilmente se presta para que el autor introduzca bellas y extensas descripciones, y diálogos exornados con comentarios y divagaciones singulares y efectistas. Por eso, la generalidad de los escritores, — lo mismo los franceses que los españoles, los rusos que los ingleses, — han adoptado esa forma, alcanzando en muchos casos a convertirla en un arquetipo perfecto. Y por eso, igualmente, resultan menos *populares*, digámoslo así, y menos interesantes y perfectas también, las novelas escritas en forma epistolar (la Marjorie Daw, de Aldrich en el género es una obra maestra), en forma de diario, en forma de memorias, etc. — expresiones personalísimas, espejos de un *yo* algo ególatra y atrevido, de que es modelo insuperable el *Adolphe* de Benjamín Constant.

"Al decidirse usted a escribir su novela en forma dialogada, desertando el trillado camino del éxito fácil para escoger la expresión propia de otro arte literario, el dramático o escénico, corriendo los pe-

ligros que propicia la ausencia de todo comentario al margen, de las descripciones que explican muchas veces los gestos y las palabras de los personajes, etc., etc., ha buscado de exprofeso las dificultades para darse la satisfacción de evidenciar su fuerza. Y que Vd. lo ha logrado, lo experimentaría cualquiera que lea sin prevenciones su novela *Y soplaron otros vientos*. Conocemos todos y cada uno de los personajes por lo que hablan y por lo que ejecutan, tal como acontece con los protagonistas de una obra teatral. Los ligerísimos rasgos que usted apunta respecto de Amelia de Andersen, de su amiga Micaela, de los jóvenes Marcelo, Francisco, Antonio y Julián, de Susana, de Carlota, etc., podrían servir a un actor para caracterizar ante las candilejas el tipo físico de esos seres humanos; pero no aportan el más mínimo dato acerca de su mentalidad y de su contextura moral. Es haciéndolos hablar, es mostrándoles en el ajetreo de la vida diaria, que usted nos hace decender sutilmente hasta el fondo de sus almas para revelarnos el rayo de luz que los exalta o la partícula de cieno que los empequeñece. Es el mismo recurso que emplean, justamente, los autores dramáticos para pintarnos sus personajes.

¿Entonces, por qué no escribió usted una obra teatral en vez de una novela? Es que en la obra *Y soplaron otros tiempos* hay mucho asunto, y, sobre todo, demasiados *cuadros sueltos,* para reducirlos a la unidad fatal que exige la creación escé-

nica. Usted nos describe el derrumbe de un hogar mediante la reproducción de una serie de escenas que insensiblemente nos conducen a explicarnos aquella catástrofe familiar. No digo que condensando los incidentes capitales no podría sacarse de su obra un buen drama; pero, tal vez, el drama que resultara, no sería tan convincente y hermoso como la novela. He ahí por qué creo que ha hecho usted muy bien en escribir su obra en forma novelesca, y aun, en forma de novela dialogada.

Ahora, por lo que dice relación con el asunto, debo declararle que también ha logrado Vd. un éxito al darle novedad e interés a un tema que de suyo no es muy nuevo que digamos. Del derrumbe de un hogar nos han hablado infinidad de escritores, desde Giaccosa (*Come le foglie*) hasta nuestro Florencio Sánchez (*Barranca abajo*). Pero, lo que yo no recuerdo que alguno haya hecho, es la tragedia de un hogar que se desmorona por culpa de la ideología de los seres que lo integran. La madre que usted nos presenta es una grande y buena mujer que no tiene más amor que el de sus hijos ni más premioso cuidado que el de acercarlos y avenirlos. Pero, son esos hijos, precisamente, los que no poseen ese vínculo espiritual que es la condición *sine qua non* de la familia. Yo no veo la fuerza de repulsión que los aparta y casi-casi los trueca en enemigos, en el hecho de que unos se hayan educado en Europa, y otros al lado de la madre. La causa o razón de su desamor, de su

desinteligencia, de su antagonismo radica más hondo, — está en la entraña misma de su sér. Son almas *aisladas,* almas *solitarias,* que diría Hauptmann; — almas nebulosas, desosegadas, disconformes consigo mismas, y, con mucho mayor motivo, extranjeras a las otras almas que viven en su propio hogar. Julián y Francisco, ideológica y moralmente, están en las antípodas de Marcelo y Antonio. Hablan cada uno su idioma y el idioma de cada uno es extraño para los otros. Siente cada uno a su manera, y no pueden traducir las emociones y sentimientos de los que tienen en sus venas su misma sangre. Diríase que esas mentalidades conservan, de modo obscuro, por quien sabe qué corriente ancestral, algo de la nebulosidad e incoherencia de sus lejanos antecesores escandinavos.

Hé ahí, también, por qué tales tipos, no obstante resultarnos conocidos, cobran en su obra los rasgos esenciales de los tipos exóticos. Más que hombres de nuestros países platenses, empapados de sol, crugientes de alegría, sonoros de actividad, parecen fantasmas nórdicos escapados de algún drama de Ibsen o de alguna novela de Bjornson. Les oímos hablar, y, no obstante hablar en castellano, su dicción nos suena a extranjera; les vemos conducirse en la vida, y, no obstante hacerlo con la naturalidad propia de los seres de carne y hueso, sus actos y sus gestos nos parecen desmedidos, o incoherentes, o desarreglados a su finalidad. Es que siendo hombres de aquí, de nuestro mundo,

de nuestra realidad, de nuestra vida, tienen en lo más recóndito de su sér yo no sé qué fuerza atávica que los yergue enemigos los unos ante los otros, sacudidos por una certeza o por un anhelo interior de que ellos mismos no tienen cabal conocimiento.

"Ese sello o rasgo exótico — que aproxima su realización a las obras hermosas de los literatos nórdicos, — es lo más interesante y bello que hallo en *Y soplaron otros vientos*. Por eso sólo, su obra merece ser conocida y divulgada."

A una pregunta que luego dirigí a Víctor Pérez Petit, me contestó:

"No tengo inconveniente alguno en que usted incorpore mi opinión sobre su novela *Y soplaron otros vientos*, en el prafacio o estudio con que usted se propone encabezar la edición de la misma. Al darle esa opinión mía, se la he dado con toda libertad, no para que quedara como un secreto entre los dos, o, por lo menos, como para que no se enterara nadie: lo que he dicho privadamente, no tengo reparo alguno en que se repita públicamente. Puede, entonces, utilizar mi juicio como mejor le plazca; y si algo lamento, es no haber sabido antes que usted deseaba publicarlo, pues entonces hubiera cuidado un poco más de la forma de mi epístola, — que escribí sin trazar borrador, al correr de la pluma. Pero, no importa; así resulta más espontánea y sincera".

Y todos los opinantes actuales me han autorizado a publicar su opinión.

En síntesis: y, omitiendo el juicio de Mariano G. Bosch, porque no es sobre la obra entera, a la que, contra su consejo, dí término debido a que, a pesar de todo, si se ha emprendido un trabajo, tiene que ser concluido, *Y soplaron otros vientos* era, se-según Emilio Berisso, un drama cuando empecé a escribirla, y una novela cuando la hube escrito. Edmundo Guibourg consideró que era un drama irrepresentable. El Dr. Alfredo Colmo, un drama representable. El actor Manuel Díaz de la Haza, lo mismo; también don Juan Domenech, en una noticia que dió en la revista del Ateneo Hispano - Americano. Según los juicios de Mariano Antonio Barrenechea, Baltasar Brum, Gregorio Fingermann, Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), Manuel María Oliver y Víctor Pérez Petit es una novela dramática. Como novela fué aceptada en el concurso hispano - americano de Alfonso XIII de España. Y, drama o novela, es una obra de méritos positivos para Víctor Pérez Petit, Manuel María Oliver, Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), Carlos Martínez Vigil, Gregorio Fingermann, Baltasar Brum, Mariano Antonio Barrenechea, Manuel Díaz de la Haza, Alfredo Colmo.

Manuel Gálvez (hijo), Carlos Ibarguren y Luis Mitre, asesorando a la *Institución Mitre*, dictaminaron o que es un drama, que no puede ser

juzgado como novela, o que es una novela indigna de premio.

Mayoría a favor, y no una mayoría compuesta de gente ignorante del pueblo, la que triunfa en las democracias atrasadas, sino de ilustres varones, como la parte contraria.

Un día recorté, de un diario en español, un pensamiento del inglés Oscar Wilde. Me pareció escrito por mí, pues expresa lo que siempre he pensado. Lo copio ahora, ya que resulta relativo a los silbidos y aplausos de que ha sido objeto, por ocurrencias mías, esta obra en su larga vida inédita.

Dice así: "Cuando los críticos difieren, el autor está conforme consigo mismo".

(*Buenos Aires,* 13 *de Octubre de* 1926).

Pasa el tiempo curando la fiebre, borrando el entusiasmo por la obra propia... Cuando publique *Y soplaron otros vientos...*, lo haré sólo en homenaje a las bellas opiniones que adornan la historia de su vida inédita, inseparable de ella.

(*Buenos Aires,* 3 *de Marzo de* 1927).

Imprenta Mercatali
Acoyte 271
Buenos Aires

Mayo de 1927

D
CIONES
LYMAR


00051123265
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL